

# CAPITALISMO GLOBAL E IMPERIO NORTEAMERICANO\*

LEO PANITCH Y SAM GINDIN\*\*

*“El imperialismo americano... ha sido plausible y atractivo en parte gracias a su alegato de que no es imperialista”*

Harold Innis, 1948<sup>1</sup>

El imperio norteamericano ya no está más oculto. En marzo de 1999, la portada del *New York Times Magazine* exhibía un gran puño apretado pintado con las estrellas y barras de la bandera estadounidense sobre la frase: “Lo que el mundo necesita hoy: para que la globalización funcione, Estados Unidos (EUA) no debe temer actuar como la potencia todopoderosa que es”. Allí se destacaba el “Manifiesto for a Fast World” de Thomas Friedman que urgía a Norteamérica a tomar las riendas del orden global capitalista: “la mano invisible del mercado nunca funcionará sin un puño invisible (...) El puño invisible que mantiene al mundo seguro para las tecnologías de Silicon Valley se llama ejército de EUA, fuerza aérea, armada e infantería de marina”. Cuatro años más tarde, en enero de 2003, cuando ya no tenía caso seguir fingiendo que el puño estaba oculto, el *Magazine* presentó un ensayo de Michael Ignatieff titulado “The Burden”: “¿qué palabra sino “impe-

---

\* Traducido por Emilia Castorina.

\*\* Quisiéramos agradecer a Greg Albo, Cenk Aygul, Patrick Bond, Dan Crow, Robert Cox, Bill Fletcher, Stephen Gill, Gerard Greenfield, Khashayar Khooshiyar, Martijn Konings, Colin Leys, Eric Newstadt, Chris Roberts, Donald Swartz y Alan Zuege por sus observaciones sobre la versión preliminar de este ensayo. Gran cantidad de sus comentarios han sido incorporados; a otros los tendremos en cuenta para el libro que proyectamos publicar sobre este tema.

rio” describe mejor la cosa imponente en que se está convirtiendo Norteamérica? (...) Ser un poder imperial (...) significa fortalecer dicho orden mundial y hacerlo en función del interés norteamericano”<sup>2</sup>. La frase “El Imperio Americano (Acostúmbrate a él)” ocupó toda la portada del *Magazine*.

Por supuesto, los estrategas geopolíticos del estado norteamericano ya estaban encaminados en este sentido. Entre aquellos más cercanos al ala demócrata del *establishment*, Zbigniew Brzezinski no escatimó palabras en su libro *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives*, al afirmar que “los tres grandes imperativos orientadores de la estrategia geopolítica norteamericana son impedir la colusión entre –y preservar la dependencia de– los vasallos más poderosos en cuestiones de seguridad, mantener la sumisión y obediencia de las naciones tributarias y prevenir la unificación de los bárbaros”<sup>3</sup>. En el mismo año, los intelectuales republicanos, quienes eventualmente escribirían la Estrategia de Seguridad Nacional para la Casa Blanca de Bush, fundaron el Proyecto para un Nuevo Siglo Americano con el objetivo de convertir la expansión imperial en el principio rector explícito de la política estadounidense<sup>4</sup>.

La mayor parte de lo que hoy generalmente se considera un análisis serio en la justificación del uso del término “imperio” en relación a EUA, es en realidad sólo una analogía, implícita o explícita, con el imperio romano. Esto no es para nada absurdo si consideramos la definición de “romanización” que ha dado recientemente un excelente libro acerca del imperio romano:

[Romanización] entendida como la asimilación de la cultura y la cosmovisión política romana por parte de los pueblos conquistados. Los conquistados se volvían socios en la conducción del imperio. Se trataba de un proceso selectivo que se aplicaba directamente sobre los sectores altos de las sociedades sometidas pero afectaba a todas las clases, con beneficios para algunas y consecuencias negativas para otras (...) La supremacía romana estaba basada en la combinación magistral de violencia y persuasión psicológica –los castigos más duros para aquellos que la desafiaban, la percepción de que su poder no conocía límites, y los premios reservados sólo para aquellos que se conformaban<sup>5</sup>.

Sin embargo, una analogía no es una teoría. Es sorprendente la falta de un análisis serio de la economía política o de los patrones históricos de determinación que expliquen el surgimiento y reproducción del imperio norteamericano, como así también de las dimensiones estructurales de la

opresión y la explotación correspondientes. Esto no hace más que recordarnos por qué el marxismo ha llevado la delantera en la teorización del imperialismo durante la mayor parte del siglo XX. No obstante, como ha señalado el destacado marxista hindú Prabhat Patniak en su ensayo “Whatever happened to Imperialism?”, hacia 1990 el tema también “ha desaparecido virtualmente de las páginas de las revistas marxistas” y los propios marxistas parecen “aturdidos” cada vez que se menciona el término. Los costos de esto han sido muy serios para la izquierda ya que el concepto de imperialismo siempre ha sido especialmente importante tanto por sus cualidades emotivas y movilizadoras como por su aspecto analítico. En la visión de Patniak, más que un “silencio teórico auto-consciente”, el “hecho mismo de que el imperialismo se ha vuelto tan apto para ‘manejar’ cualquier desafío potencial a su hegemonía nos ha vuelto indiferentes a su omnipresencia”<sup>6</sup>. Aún así, el silencio de la izquierda en relación al imperialismo refleja también serios problemas analíticos dentro de la propia teoría marxista del imperialismo. De hecho, esto se tornó obvio hacia principios de los años setenta —la última vez que el concepto de imperialismo tuvo gran circulación— ante el reclamo de que el tratamiento marxista del imperialismo, “en tanto un producto global indiferenciado de una determinada etapa del capitalismo”, carecía de “dimensiones históricas y sociológicas serias”<sup>7</sup>. Como lo señaló Giovanni Arrighi en 1978, “hacia fines de la década del sesenta, lo que alguna vez había sido el *orgullo* del marxismo —la teoría del imperialismo— se había convertido en una torre de Babel, en la que ni siquiera los marxistas sabían ya cómo encontrar su camino”<sup>8</sup>.

La confusión era evidente en los debates de principios de los setenta respecto a la localización de las contradicciones del capitalismo contemporáneo. Estaban aquellos que se centraban casi exclusivamente en el “Tercer Mundo” y veían su resistencia al imperialismo como la única fuente de transformación<sup>9</sup>. Otros enfatizaban las contradicciones crecientes dentro del mundo desarrollado, promoviendo la visión de que la “hegemonía” norteamericana estaba en decadencia. Esta se convirtió en la mirada predominante y hacia mediados de los ochenta la noción de que “la erosión del poder económico, político y militar de EUA es inconfundible” se convirtió en un lugar común<sup>10</sup>. Aunque sólo unos pocos retomaron esa dimensión de la teoría marxista de la rivalidad inter-imperialista que sugería la posibilidad de una confrontación militar, todos esperaban una era de intensas pugnas económicas. Como lo señalaran Glyn y Sutcliffe, lo único seguro de predecir era que sin un poder hegemónico “la economía mundial continuaría sin un líder claro”<sup>11</sup>.

Había, en efecto, no poca ironía en el hecho de que tantos continuaran dándole la espalda a lo que consideraban una noción de imperialismo pasada de moda, en el preciso momento en que se creaban las condiciones para ponerla nuevamente en el tapete en el *New York Times*. Incluso, después de la Guerra del Golfo de 1990-1991, la cual en los términos de Bruce Cumings “tenía el objetivo fundamental de asegurar el control norteamericano sobre (...) el petróleo de Medio Oriente”, hacía falta un “microscopio electrónico para encontrar el uso del término “imperialista” como descripción del papel de EUA en el mundo”. La Guerra del Golfo, señalaba, “se desarrolló sobre la virtual eliminación de cualquier discurso crítico, lo cual era incitado por medios de comunicación complacientes en el marco de una atmósfera que sólo puede calificarse de totalitarismo liberal”<sup>12</sup>. Como lo documentara ampliamente el reciente libro del conservador Andrew Bacevich, esto continuó durante los años noventa, incluso cuando la Administración Clinton había ido más allá que sus predecesores republicanos en aplicar el poder militar para sofocar la resistencia a la búsqueda agresiva de EUA de un “orden internacional abierto e integrado, basado en los principios del capitalismo democrático”. Citando a Madeleine Albright, Secretaria de Estado de Clinton, decía en 1998: “Si tenemos que usar la fuerza es porque somos América. Somos la nación indispensable”; y también a Richard Haas, el Director de Planificación de Políticas del Departamento de Estado de la entrante Administración Bush, cuando en 2000 convocaba a los estadounidenses a redefinir “el rol global de su estado desde un estado-nación tradicional, para convertirse en un poder imperial”, Bacevich argumentaba que el evitar continuamente el uso del término imperialismo no podía durar por mucho tiempo más. En el mejor de los casos, se trataba de un “astigmatismo”; en el peor, de “una preferencia constante por desviar la mirada de las grandes ambiciones e intereses egoístas que subyacen a toda la política de EUA”<sup>13</sup>.

A la vuelta del siglo, y más aún cuando los autores del Proyecto para un Nuevo Siglo Americano fueron investidos de poder en Washington DC, el término imperialismo estaba finalmente de vuelta incluso en boca de muchos liberales. La popularidad del libro *Imperio* de Hardt & Negri ya había captado la nueva coyuntura incluso antes de la segunda guerra en Irak. Pero su insistencia (reflejando la muy difundida noción de que el poder de todos los estados-nación se había esfumado en la era de la globalización) en que “EUA no constituye —y, en realidad, ningún Estado-nación puede hoy hacerlo— el centro de un proyecto imperialista”, estaba en bizarra contradicción con los tiempos que corren<sup>14</sup>.

Todo esto nos lleva a pensar que la izquierda necesita una nueva teorización del imperialismo que pueda trascender las limitaciones de la antigua teoría marxista de la rivalidad inter-imperialista “por etapas”, permitiendo así una apreciación más completa de los factores históricos que condujeron a la formación de un único imperio informal norteamericano. Esto requiere comprender cómo el estado norteamericano desarrolló la capacidad de incorporar eventualmente a sus rivales capitalistas y vigilar la “globalización” —es decir, la difusión de las relaciones sociales capitalistas a todos los rincones del mundo. La teoría debería poder responder dos cuestiones claves, a saber: ¿qué es lo que hizo creíble la insistencia del estado norteamericano respecto de que no era imperialista? ¿Y cómo fue esto institucionalizado y puesto en práctica?; y, a la inversa, ¿qué es lo que hoy hace a todo esto inverosímil y cuáles son las consecuencias que esta falta de ocultamiento podría tener en términos de su atractivo y su capacidad para manejar el capitalismo global y sostener su imperio global?

#### REPENSAR EL IMPERIALISMO

Hay una lógica estructural al capitalismo que tiende a su expansión e internacionalización. Esto fue célebremente captado por la descripción de Marx en el *Manifiesto Comunista* de un futuro que se parece asombrosamente a nuestro presente: “Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes (...) se forja un mundo a su imagen y semejanza”. Pero al afirmar esta previsión de Marx se corre el riesgo de tratar a lo que hoy llamamos globalización como un proceso inevitable e irreversible. Debemos recordar que sus palabras también parecieron aplicarse a la realidad de fines del siglo XIX, cuando, en términos de Karl Polanyi “sólo un loco hubiera puesto en duda que el sistema económico internacional constituía el eje de la existencia material de la raza humana”<sup>15</sup>. No obstante, como el propio Polanyi señalaba, lejos de continuar su marcha ininterrumpidamente, ya existían indicios de que el sistema económico internacional de aquel entonces estaba en su temprana fase de disolución, y pronto habría de colapsar mediante dos terribles guerras mundiales y la implosión de la Gran Depresión.

La reconstrucción del orden mundial capitalista de posguerra fue una respuesta directa de parte de los estados capitalistas avanzados al temprano fracaso de esa globalización. Mediante la infraestructura de Bretton Woods, que establecía un nuevo orden liberal de comercio, la dinámica de la globalización capitalista fue desencadenada nuevamente. Durante la breve

“edad de oro” de posguerra, la globalización capitalista fue reavivada –mediante la aceleración del comercio, la inversión directa extranjera y la creciente internacionalización financiera– y reforzada aún más con la respuesta neoliberal a la crisis económica de los años setenta. El resultado de esta crisis demostró que los efectos internacionales de las crisis estructurales de acumulación no son predecibles *a priori*. De las tres grandes crisis estructurales del capitalismo, la primera (posterior a 1870) aceleró la rivalidad inter-imperialista y condujo a la Primera Guerra Mundial y a una revolución comunista, mientras que la segunda (la Gran Depresión) en realidad revirtió la tendencia internacionalizadora del capitalismo. Aún así, la crisis de principios de los setenta fue seguida por una profundización, aceleración y extensión de la globalización capitalista. Y aunque esto promovió la competencia económica inter-regional, no produjo nada parecido a la antigua rivalidad inter-imperial.

Lo que sugiere esta trayectoria errática desde el siglo XIX hasta el XXI es que el proceso de globalización no es ni inevitable (como se ha asumido convencionalmente en la etapa final del siglo XIX y en nuestros días), ni imposible de sostener (como Lenin y Polanyi, de distintas maneras, sostenían). El punto es que debemos distinguir entre la tendencia expansiva del capitalismo y su historia real. Un orden global capitalista siempre es una construcción social contingente: el desarrollo efectivo y la continuidad de tal orden deben ser problematizados. Hay una tendencia dentro de ciertas corrientes marxistas, al igual que en la mayor parte de los análisis burgueses, a escribir teoría en tiempo presente. Pero no debemos teorizar la historia como si la trayectoria del capitalismo fuese una derivación lógica de leyes económicas abstractas. Por el contrario, como Philip McMichael ha señalado, es crucial adherir al principio metodológico marxista que insiste en la necesidad de “*historizar la teoría*, es decir, problematizar la globalización como una relación inmanente al capitalismo, pero con relaciones materiales (sociales, políticas y ambientales) espacio-temporales muy distintas (...) La globalización no es simplemente el despliegue de las tendencias capitalistas sino un proyecto histórico específico configurado, o complicado, por las relaciones contradictorias de episodios previos de globalización”<sup>16</sup>.

Sobre todo, la realización –o frustración– de las tendencias globalizantes del capitalismo no puede ser comprendida independientemente del papel ejercido por los estados que históricamente han constituido el mundo capitalista. El surgimiento del capitalismo es inconcebible sin el rol que los estados europeos ejercieron en establecer los marcos legales e infraestructurales para la propiedad, contrato, moneda, competencia y trabajo asalariado dentro de sus propias fronteras al mismo tiempo que generaban un proceso de

desarrollo desigual (acompañado por la construcción de la raza) en el mundo moderno. Esto había llegado tan lejos en la segunda mitad del siglo XIX que, cuando el capital se expandió mas allá de las fronteras de determinados estados europeos, pudo hacerlo dentro de nuevos órdenes sociales capitalistas que habían sido o estaban siendo establecidos por otros estados, o se expandió dentro de un marco de un imperio formal o informal. Aún así, esto no era suficiente para sostener la tendencia del capital a expandirse globalmente. Para entonces no existía ningún mecanismo adecuado de regulación global capitalista, dejando a la economía internacional y sus patrones de acumulación fragmentados, y alimentando por ende la rivalidad inter-imperial que condujo a la Primera Guerra Mundial.

Las teorías clásicas del imperialismo desarrolladas en ese período, desde Hobson a Lenin, estaban fundadas en una teorización de las crisis y las fases económicas del capitalismo. Este fue un error que, desde entonces, ha impedido un entendimiento adecuado de la cuestión<sup>17</sup>. Las teorías clásicas eran defectuosas en su lectura histórica del imperialismo, en su tratamiento de la dinámica de acumulación del capital y en su tendencia a elevar un momento coyuntural de rivalidad inter-imperial al rango de una ley inmutable de la globalización capitalista. Como argumentaremos más adelante, el imperialismo capitalista no surgió automáticamente de la llamada fase monopólica o financiera del capitalismo de fines del siglo XIX. Más aún, la teoría de las crisis que se deriva de la interpretación clásica de este período fue usada erróneamente para explicar las tendencias expansionistas del capitalismo. Si los capitalistas se volcaron hacia la exportación de capitales y el comercio en mercados de ultramar no fue tanto debido a que la centralización y concentración de capital había anunciado una nueva etapa marcada por la caída de la tasa de ganancia, la sobreacumulación y/o el subconsumo. En realidad, dado el proceso que anteriormente había permitido a las unidades individuales de capital salir de sus locaciones originales en determinados pueblos o ciudades, fue más bien la aceleración de las presiones competitivas y las oportunidades, acompañada, por las estrategias y las capacidades emergentes de los capitalismos en desarrollo, lo que dio empuje a, y facilitó, el expansionismo internacional de fines del siglo XIX y principios de XX.

Las teorías clásicas del imperialismo fracasaron también en aprehender adecuadamente las dimensiones espaciales de esta internacionalización. Acentuaron excesivamente la exportación de bienes y capitales hacia lo que hoy llamamos “Tercer Mundo” debido a que el subdesarrollo de este último tenía una capacidad limitada para absorber dichos flujos. De ahí que estas teorías fallaran en comprender dos elementos claves del desarrollo de los

propios países capitalistas avanzados. Por un lado, más que un agotamiento de las posibilidades de consumo dentro de los países capitalistas avanzados –la premisa basada en lo que el panfleto de Lenin, *Imperialismo*, denominara como “el nivel de semi-inanición de las masas”– las clases obreras occidentales iban adquiriendo niveles cada vez más altos de consumo público y privado<sup>18</sup>. Por otra parte, tampoco era cierto que la concentración de capital dentro de estos países limitara la introducción de nuevos productos al punto tal de que “el capital no pudiera encontrar un área de inversión rentable”<sup>19</sup>. Por el contrario, el desnivel mismo de la competencia en marcha y del desarrollo tecnológico estaba introduciendo nuevas perspectivas para la acumulación interna. Había entonces una profundización del capital a nivel interno y no sólo una expansión del capital hacia el exterior.

Lejos de ser la fase superior del capitalismo, lo que estos teóricos estaban observando (y es hoy obvio para nosotros) era una fase relativamente *temprana* del capitalismo. No sólo en términos de patrones de consumo, flujos financieros y competencia, sino también en relación al grado limitado de inversión directa extranjera de ese entonces y a los medios muy rudimentarios que en ese momento se habían desarrollado para manejar las contradicciones asociadas con la internacionalización del capitalismo.

De todos modos, el aspecto más defectuoso de estas teorías era su visión reduccionista e instrumentalista del estado<sup>20</sup>. El imperialismo no es reducible a una explicación económica, aún cuando las fuerzas económicas constituyen un aspecto fundamental del mismo. En este sentido, es necesario mantener al imperialismo y al capitalismo como dos conceptos distintos. La competencia entre capitalistas en la arena internacional, el intercambio desigual y el desarrollo desparejo son todos aspectos propios del capitalismo y su relación con el imperialismo sólo puede ser entendida mediante una teorización del estado. Cuando los estados preparan el terreno para la expansión de sus capitales nacionales hacia el exterior, incluso si la dirigen, esto sólo puede ser entendido a partir del hecho que son relativamente autónomos para mantener el orden social y asegurar las condiciones de acumulación del capital. Por lo tanto, cualquier explicación sobre el imperialismo debe incluir un análisis de las capacidades administrativas del estado, como así también sus determinaciones de clase, culturales y militares.

*El imperialismo capitalista, entonces, requiere ser comprendido mediante una extensión de la teoría del estado capitalista y no como una derivación directa de la teoría económica de las fases o las crisis. Y dicha teoría necesita comprender no sólo la rivalidad inter-imperial, y la supremacía coyuntural de un estado imperial determinado, sino también la penetración estructural de los antiguos rivales por parte de un estado imperial en particular. Esto quiere decir*

que es necesario historizar la teoría, empezando por romper con la noción convencional de que la naturaleza del imperialismo moderno está determinada de una vez y para siempre por el tipo de rivalidades económicas propias de la fase de concentración industrial y financierización asociada al “capital monopólico” de cambio de siglo.

De hecho, la transición a la forma moderna de imperialismo puede ser situada en la articulación del antiguo imperio formal mercantilista del estado británico con el imperio informal que se expandió a mediados del siglo XIX durante la era del “libre comercio”. El problema es que tanto la teoría del imperialismo de Schumpeter, que hacía referencia al rol atávico de las clases pre-capitalistas guerreras y explotadoras dentro del capitalismo, como las concepciones de Kautsky y Lenin, que suponían que el capital industrial británico de mediados del siglo XIX y sus políticas de libre mercado representaban un capitalismo “puro” antitético o al menos “indiferente” a la expansión imperial<sup>21</sup>, se derivan de una interpretación demasiado cruda de la separación entre lo político y lo económico dentro del capitalismo. Esto se encuentra en la raíz de la noción según la cual el reemplazo de una era de libre competencia por una de capital financiero ponía fin a dicha separación, conduciendo así a la expansión imperialista, la rivalidad y la guerra entre los estados capitalistas avanzados.

Al igual que las discusiones contemporáneas sobre la globalización en el contexto de políticas de “libre-mercado” neoliberales, la interpretación marxista clásica de la era de libre comercio del siglo XIX seguida por una era de rivalidad inter-imperial oponía confusamente “estado” a “mercado”. En ambos casos hay una gran dificultad a la hora de apreciar el rol crucial que juega el estado en hacer posible el “libre mercado” y ponerlo a funcionar. Así como el surgimiento del *laissez-faire* dentro del capitalismo industrial de mediados del siglo XIX suponía un estado fuertemente activo para realizar la separación formal entre política y economía, y para definir y controlar las relaciones sociales domésticas de un orden plenamente capitalista, la política externa del libre mercado suponía una extensión del rol imperial en todas estas dimensiones por parte del primer estado que “había creado una forma de imperialismo impulsada por la lógica del capitalismo”<sup>22</sup>.

Como demostraron Gallagher y Robinson cincuenta años atrás en su fecundo ensayo titulado “The Imperialism of Free Trade”, la noción convencional (compartida por Kautsky, Lenin y Schumpeter) según la cual el libre comercio británico y el imperialismo no estaban mezclados fue refutada por innumerables ocupaciones y anexiones, la incorporación de nuevas colonias y especialmente por la importancia que tuvo la India para el Imperio entre 1840 y 1870. Estaba en contradicción aún más por la inmen-

sa expansión –por razones económicas y estratégicas– del imperio “informal” británico vía inversiones extranjeras, el comercio bilateral, los tratados de “amistad” y la diplomacia de las cañoneras. De este modo, “a mediados de la era victoriana, las técnicas mercantilistas del imperio formal eran empleadas al mismo tiempo que las técnicas informales de libre comercio en Latinoamérica. Es por esta razón que será en vano cualquier intento por hacer corresponder las fases del imperialismo directamente con las fases del crecimiento económico de las economías metropolitanas”<sup>23</sup>. Gallagher y Robinson definieron al imperialismo en términos de una *función política variable* “que integra nuevas regiones dentro de la economía en expansión; su carácter se define mayormente por las variadas y cambiantes relaciones entre los elementos políticos y económicos de expansión en cada región y tiempo particulares”.

En otras palabras, es la política al igual que la economía del imperio informal lo que tenemos que tomar en consideración (...) El tipo de vínculo político entre la economía en expansión y sus dependencias formales e informales (...) ha tendido a variar de acuerdo al valor económico del territorio, la fortaleza de su estructura política, la predisposición de sus gobernantes a colaborar con los propósitos estratégicos y comerciales británicos, la capacidad de la sociedad nativa para transitar los cambios económicos sin control externo, el grado en que las situaciones políticas domésticas e internacionales permitieron la intervención británica y, por último, hasta qué punto los rivales europeos dejaban el camino libre para la política británica<sup>24</sup>.

Esto no quiere decir que no haya diferencias importantes entre el imperio formal y el informal. El imperio informal requiere que la penetración económica y cultural de otros estados sea sostenida por la coordinación política y militar con otros gobiernos independientes. El principal factor que determinó el cambio hacia la extensión de imperios formales luego de 1880 no fue la insuficiencia de las relaciones británicas con su propio imperio informal, ni el surgimiento de la fase monopólica o “financiera” del capital, sino más bien *la incapacidad británica para incorporar a las nuevas potencias capitalistas como Alemania, EUA y Japón dentro del “imperialismo de libre comercio”*. Fueron varios los factores que determinaron esta situación, incluyendo las fuerzas sociales pre-capitalistas que de hecho persistían en algunos de estos países, sentimientos nacionalistas que acompañaron el desarrollo de los estados-nación capitalistas, las respuestas estratégicas tanto a las luchas de clases domésticas como a las rivalidades geopolíticas y militares, y

muy especialmente, la capacidad limitada del estado británico —que a su vez reflejaba la creciente separación entre el capital industrial británico y el capital financiero— para evitar que estos otros estados revirtieran las consecuencias del desarrollo desigual. Lo que le siguió fue una carrera por la conquista de colonias y la creciente organización de la competencia comercial mediante medidas proteccionistas (los aranceles constituían la base tributaria fundamental de esos estados así como también instrumentos de protección para las nacientes burguesías industriales y las clases obreras). En este contexto, los aparatos institucionales internacionales de la diplomacia y las alianzas, la supremacía de la marina británica y el patrón oro eran demasiado frágiles para garantizar un tratamiento equitativo entre el capital foráneo y el capital nacional al interior de cada estado (un prerrequisito clave para la globalización), para no hablar de mediar en los conflictos y manejar las contradicciones asociadas al desarrollo del capitalismo global de fines del siglo XIX.

Hacia 1914, Kautsky, no menos que Lenin, había aceptado siguiendo al libro de Hilferding *Finance Capital*, que la forma “violenta y brutal” de competencia imperialista era “un producto del alto nivel de desarrollo del capitalismo industrial”<sup>25</sup>. Sin embargo, Kautsky tenía razón al percibir que aún cuando la rivalidad inter-imperialista hubiera conducido a una guerra entre las principales potencias capitalistas, esto no era un aspecto inevitable de la globalización capitalista. Lo que tanto irritaba a Lenin de esta lectura excesivamente politizada de la teoría del imperialismo era que Kautsky pensara que “habiendo aprendido la lección de la guerra mundial”, las principales clases capitalistas dominantes podrían eventualmente reavivar la globalización capitalista a través de una colaboración “ultra-imperialista” en vista de la fuerza creciente de un proletariado industrial que, no obstante, no contaba aún con las capacidades para efectuar una transformación socialista. Pero el mismo Kautsky cayó en el reduccionismo al concebir su noción de ultra-imperialismo, como lo repitiera él mismo varias veces, desde “un punto de vista puramente económico”, en vez de hacerlo desde una teoría seria del estado. Más aún, si Kautsky hubiera puesto más énfasis en su percepción anterior (de 1911) según la cual “EUA es el país que nos muestra nuestro futuro social en el capitalismo” y en lugar de anticipar una alianza equitativa entre los países avanzados hubiera reconocido la capacidad del nuevo imperio informal emergente de EUA para penetrar y coordinar eventualmente a dichos países, hubiera estado mucho más cerca de lo que en realidad sucedió luego de 1945. Pero lo que difícilmente podría haber sido anticipado en ese entonces fueron los desarrollos, tanto al interior de la formación social norteamericana y el estado como en el plano

internacional, que permitieron a los gobernantes estadounidenses pensar tan confiadamente que “sólo EUA tenía el poder de apropiarse de la historia y acomodarla a sus intereses”<sup>26</sup>.

#### LA REPÚBLICA NORTEAMERICANA: “IMPERIO EXTENSIVO Y AUTOGOBIERNO”

El lugar central que EUA ocupa actualmente dentro del capitalismo global se debe a una convergencia específica entre estructura e historia. En términos abstractos, podemos identificar determinadas instituciones como reflejo del poder estructural del capitalismo. Pero lo que impide que dichas instituciones surjan o abra la puerta para que se desarrollen es una cuestión de coyunturas históricas. La etapa crucial en la reconstrucción del capitalismo global –luego de los tempranos fracasos y antes de la reconstitución del último cuarto del siglo veinte– ocurrió durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Fue sólo luego de los desastres de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial (y gracias a la respuesta de un estado que aprendió la lección) que la globalización obtuvo nueva vida. Esto dependió, sin embargo, del surgimiento y la evolución histórica despareja de un conjunto de estructuras desarrolladas bajo el liderazgo de un *agente* único: el estado imperial norteamericano.

El rol que EUA vino a ejercer dentro del capitalismo mundial no fue inevitable pero tampoco puramente accidental: no fue una cuestión de teleología sino de historia capitalista. La capacidad que éste desarrolló para “conjugar” su “poder *particular* con una tarea *general* de coordinación” de forma tal que reflejara, como lo expresó recientemente Perry Anderson, “la matriz particular de su propia historia social”, está basada en “el poder de atracción de los modelos de producción y cultura norteamericanos (...) crecientemente unificados en la esfera de consumo”. Aquí convergen, por un lado, la invención norteamericana de la moderna corporación, el *management* científico del proceso de trabajo y la línea de montaje de producción masiva; y, por el otro, “los esquemas narrativos y visuales” al estilo Hollywood atrayendo y congregando a masas de inmigrantes por medio de “la simplificación y la repetición dramática”<sup>27</sup>. El dinamismo del capitalismo estadounidense y su atractivo mundial combinado con el lenguaje universalista de su ideología democrático-liberal nos habla de una capacidad para gestionar un imperio informal que va mucho más allá de la que poseía Gran Bretaña en el siglo XIX. Más aún, gracias a la expansión de la corporación multinacional, con inversión extranjera directa en producción y servicios, el imperio informal iba a demostrar mucha mayor capacidad de penetración que otras formaciones sociales precedentes.

Pero no fue sólo la formación económica y cultural del capitalismo norteamericano la que facilitó la expansión de este nuevo imperio informal, sino también la formación del estado norteamericano. Contra la percepción de Anderson según la cual las estructuras constitucionales del estado norteamericano carecen del “poder de atracción” de sus estructuras económicas y culturales (por estar “ancladas en los arreglos constitucionales del siglo XVIII”)<sup>28</sup>, se levantan las afirmaciones de Thomas Jefferson en 1809 cuando decía que “nunca antes una constitución había sido tan bien calculada para un imperio extensivo y el autogobierno”<sup>29</sup>. Hardt y Negri tenían razón en rastrear la pre-configuración de lo que hoy llaman “Imperio” en la noción del “poder en red” (*network power*) de Madison incorporada a la constitución norteamericana<sup>30</sup>. Esto suponía que no sólo los frenos y contrapesos dentro del aparato de estado, sino también una mayor pluralidad de intereses incorporados dentro de un estado expansivo y extendido, garantizarían que las masas no tuvieran ni el motivo ni la capacidad para unirse y controlar a la clase gobernante<sup>31</sup>. Sin embargo, lejos de anticipar el tipo de poder descentrado y amorfo que Hardt y Negri creen que caracterizó a EUA históricamente (lo que para ellos caracteriza hoy al “Imperio”), el marco constitucional del nuevo estado norteamericano le dio grandes poderes al gobierno central para expandir el comercio y hacer la guerra. Lo que en 1783 George Washington caracterizaba ambiciosamente como un “imperio en ascenso”<sup>32</sup> fue bien captado por la imagen del Paper XI de *El Federalista* de “¡un gran sistema americano superior al control de toda fuerza o influencia transatlántica y capaz de imponer las condiciones de la relación entre el viejo y el nuevo mundo!”<sup>33</sup>.

La noción de imperio utilizada aquí fue concebida, obviamente, en relación a los otros imperios mercantiles del siglo XVIII. Pero el estado que surgió a partir de las ambiciones de la “élite colonial expansionista”<sup>34</sup> conformada por mercaderes del Norte (con el apoyo de los artesanos y los granjeros comerciales) y los dueños de las plantaciones del Sur en alianza contra el imperio formal mercantil de Gran Bretaña, evidenció desde sus orígenes una tendencia hacia el desarrollo capitalista y el imperio informal. En su forma inicial se caracterizó por la expansión territorial hacia el Oeste, principalmente mediante el exterminio de la población nativa, y la explotación descarada y agresiva no sólo de la población de esclavos negros sino también de los granjeros de subsistencia endeudados y, al menos desde 1820 en adelante, de una clase obrera industrial emergente. Así y todo, el nuevo estado norteamericano se concebía a sí mismo como una encarnación de los principios de libertad republicana, y aspiraba a ser ampliamente admirado por eso, debido fundamentalmente al vínculo entre “imperio extensivo y autogo-

bierno” que articulaba su constitución federal. En términos de Bernard DeVoto, “el imperio americano no sería mercantilista sino algo totalmente nuevo: el Oeste no estaría conformado por colonias sino por estados”<sup>35</sup>.

Y los “derechos estatales” de estos estados no eran un espejismo: reflejaban los dos tipos diferentes de relaciones sociales –esclavos y libres– que conformaban cada ola sucesiva de estados y que hacia 1830 limitaban el rol activo del estado federal. Luego de las luchas domésticas entre estados que eventualmente condujeron a la guerra civil, la derrota de la plantocracia y la abolición de la esclavitud, la constitución federal ofreció un marco para la dominación sin trabas de un capitalismo industrial con el mercado doméstico más grande del mundo, eliminando cualquier tentación de establecimiento de un imperio formal vía conquista territorial externa<sup>36</sup>. El desenlace de la guerra civil permitió recomponer la relación entre el capital industrial, el financiero y el estado federal, orientando así las capacidades administrativas del estado y sus políticas hacia la reproducción capitalista ampliada y no hacia el mercantilismo<sup>37</sup>. Aquí podemos apreciar la importancia que el propio Anderson le adjudicara a la cambiante forma jurídica del estado norteamericano, por la cual “los derechos ilimitados de propiedad, la litigación sin trabas y la invención de la corporación” condujeron a lo que Polanyi más temía:

un sistema jurídico que liberaba al mercado de las ataduras de la costumbre, la tradición o la solidaridad tanto como fuera posible. La liberación de todas estas trabas habría de demostrar –tanto en el caso de las firmas como de los filmes norteamericanos– ser exportable y reproducible alrededor del mundo, de un modo que ningún otro competidor podría igualar. La firme transformación internacional del derecho mercantil y arbitraje en conformidad con los estándares norteamericanos es testigo del proceso<sup>38</sup>.

Las tendencias expansionistas del capitalismo norteamericano en la segunda mitad del siglo XIX (reflejando las presiones tanto de los granjeros comercializados como de los industriales y financistas de la era posterior a la guerra civil) eran aún más propensas a adoptar formas informales de imperialismo que el capitalismo británico, incluso pese a no estar sujetas a una política de libre comercio. En un principio, las modalidades fueron similares y empezaron mucho antes de la guerra hispano-americana de 1898, la cual es usualmente considerada como el punto de partida de la expansión imperial de EUA. Esto ha sido ampliamente documentado en un artículo descaradamente titulado “Indicadores del Imperio Informal”, preparado por el Centro de Análisis Navales de Norteamérica: entre 1869 y

1897, la marina norteamericana tocó no menos de 5.980 puertos para proteger los envíos comerciales de EUA a Argentina, Brasil, Chile, Nicaragua, Panamá, Colombia y demás lugares de Latinoamérica<sup>39</sup>. Aún así, el establecimiento de colonias en Puerto Rico y Filipinas y la anexión de Hawai “fue una desviación (...) respecto de las formas típicas de dominación económicas, políticas e ideológicas ya características del imperialismo norteamericano”<sup>40</sup>. Por el contrario, fue más bien a través de la inversión extranjera directa y la forma corporativa moderna —ejemplificada por la Singer Company estableciéndose como la primera corporación multinacional al saltar la barrera tarifaria canadiense para establecer una sucursal a fin de producir máquinas de coser para los prósperos granjeros de trigo de Ontario— que el imperialismo norteamericano informal pronto tomó una forma claramente distinta a la del británico<sup>41</sup>.

La articulación del nuevo imperio informal norteamericano con intervenciones militares fue expresada por Theodore Roosevelt en 1904 en términos del ejercicio de “un poder de policía internacional”, en ausencia de otros medios internacionales de control, con el fin de establecer regímenes que sepan “cómo actuar con razonable eficiencia y decencia en asuntos políticos y sociales” y garantizar que cada uno de estos regímenes “mantenga el orden y pague sus obligaciones”: “Una nación deseosa tanto de garantizar respeto para sí misma como de hacerle el bien a los demás [declaró Teddy Roosevelt en un lenguaje que hoy nos es otra vez familiar] debe tener la fuerza adecuada para realizar la tarea que siente se le ha encomendado como parte de su deber con el mundo...Un gran pueblo libre se debe a sí mismo y a toda la humanidad no caer en la impotencia ante los poderes del mal”<sup>42</sup>.

El genio norteamericano de presentar su imperio informal en el marco de los derechos universales alcanzó su apogeo con Woodrow Wilson. También alcanzó su apogeo la hipocresía, especialmente en la Conferencia de Paz de París donde Keynes concluyó que Wilson era “el fraude más grande del mundo”<sup>43</sup>. De hecho, no fue sólo las tendencias aislacionistas del Congreso norteamericano, sino también la incapacidad de los aparatos presidenciales, militares y del Tesoro estadounidenses, lo que en buena medida explicó el fracaso de EUA en cuanto a hacerse cargo de la reconstrucción europea luego de la Primera Guerra Mundial. La expansión administrativa y reguladora del estado norteamericano bajo el impacto del liberalismo corporativo en la era progresista<sup>44</sup> y la difusión de la inversión directa durante los años veinte (ejemplificada por la adquisición de Opel por parte de General Motors justo antes de la Gran Depresión, completando así la “división virtual” de la industria automotriz alemana entre GM y Ford)<sup>45</sup>

fueron desarrollos muy significativos. Sin embargo, fue recién con el *New Deal* que el estado norteamericano empezó a desarrollar las capacidades modernas de planificación que, una vez desplegadas en la Segunda Guerra Mundial, transformarían y extenderían ampliamente el imperialismo informal norteamericano<sup>46</sup>.

En el marco de las extraordinarias luchas de clases de la era de la depresión, estas capacidades estaban limitadas por “la fragmentación política, la cual se expresaba fundamentalmente en el conflicto ejecutivo-legislativo combinada con fuertes tensiones entre empresarios y gobierno”<sup>47</sup>. No obstante, la entrada de EUA a la Segunda Guerra Mundial no solo resolvió “el *impasse* de la construcción estatal (*state building*) de fines de los años treinta”, sino que también proporcionó “los apuntalamientos fundamentales para la *gobernanza* de posguerra de EUA”. Como lo señala Brian Waddell en su sobresaliente estudio de la transición desde la construcción estatal de la Depresión al de la Segunda Guerra Mundial:

Los requisitos de una guerra total revivieron las influencias políticas de las corporaciones permitiendo a los gerentes de las grandes empresas dentro y fuera del estado ejercer una amplia incidencia sobre las políticas de movilización en tiempos de guerra (...) Los avasalladores gerentes y los oficiales militares formaron una alianza muy efectiva en esos momentos que no sólo bloqueó cualquier crecimiento de la autoridad del *New Deal* sino que también organizó una poderosa alternativa al mismo. El activismo internacional desplazó y suplantó al activismo doméstico del *New Deal*.

Este fue entonces el escenario finalmente montado para un imperio informal norteamericano, mucho más extendido y poderoso, volcado más allá de su propio hemisferio.

#### LA RECONSTRUCCIÓN NORTEAMERICANA DE UN ORDEN MUNDIAL CAPITALISTA

El giro de “las capacidades de estado norteamericano hacia el logro de metas intervencionistas internacionales *versus* el intervencionismo doméstico”<sup>48</sup> fue crucial para el renacimiento de las tendencias globalizantes del capitalismo luego de la Segunda Guerra Mundial. Esto no sólo tuvo lugar a través de la reconstrucción del estado norteamericano en tiempos de guerra, sino también de la más radical reconstrucción de posguerra de todos los estados que constituían el núcleo de la rivalidad inter-imperialista. A su vez, este proceso condujo a la proliferación de nuevos estados fuera de los anti-

guos imperios coloniales. Entre las varias dimensiones de este nuevo vínculo entre capitalismo e imperialismo, la más importante era que *las redes y entramados institucionales imperiales más densos que anteriormente articulaban las relaciones Norte-Sur entre los estados imperiales y sus colonias formales o informales ahora estructuraban los vínculos entre EUA y los principales estados capitalistas.*

Lo que el imperio informal de Gran Bretaña había sido incapaz de manejar (en realidad, incluso de contemplar) en el siglo XIX era ahora conseguido por el imperio informal norteamericano que exitosamente lograba integrar a todas las otras potencias capitalistas dentro de un sistema efectivo de coordinación bajo su égida. Independientemente de las ocupaciones militares de EUA, la devastación de las economías europeas y japonesa y la débil legitimidad política de sus clases dominantes hacia el fin de la guerra crearon una oportunidad única y sin precedentes que el estado norteamericano estaba ahora listo para, y deseoso de, aprovechar. Más aún, en estas condiciones, la expansión del imperio informal norteamericano luego de la Segunda Guerra Mundial no fue tanto una imposición unilateral (o meramente coercitiva) sino mayormente un “imperialismo por invitación”<sup>49</sup>.

Por muy importante que haya sido el desarrollo de los aparatos estatales de seguridad nacional y planeamiento geoestratégico que enmarcó la división del mundo con la Unión Soviética en Yalta<sup>50</sup>, no menos importante fue la estrecha atención que durante la guerra le prestaron los Departamentos de Estado y del Tesoro a los planes destinados a relanzar un régimen coordinado y liberal de comercio y un orden financiero regulado. Esto fue posible gracias a la manipulación del estatuto deudor de los principales aliados de EUA, favorecido por el absoluto dominio del dólar como moneda de cambio internacional, y al hecho de que el 50% de la producción mundial estaba ahora en manos de la economía norteamericana. El estado norteamericano había aprendido bien la lección de su incapacidad posterior a la Primera Guerra Mundial para combinar la retórica internacionalista liberal con el compromiso institucional para manejar el orden capitalista internacional. Mediante la intrincada planificación conjunta de los tesoros norteamericano y británico durante la guerra<sup>51</sup> —esto es, mediante el proceso que condujo a Bretton Woods— los estadounidenses no sólo se aseguraron de que los británicos “aceptaran alguna obligación de modificar su política doméstica en vista de sus efectos internacionales sobre la estabilidad”, sino también de que se liquidara el imperio británico “arrojando a Gran Bretaña a los brazos de EUA como un suplicante y, por lo tanto, un subordinado; una subordinación enmascarada por la ilusión de ‘una relación especial’ que dura hasta hoy”<sup>52</sup>.

Pero de ninguna manera los dólares norteamericanos fueron el único factor decisivo aquí, ni Gran Bretaña el único objetivo del nuevo imperio informal norteamericano. Un panfleto publicado en la revista *Fortune* en mayo de 1942 titulado “EUA en un Nuevo Mundo: Relaciones con Gran Bretaña” proponía un programa para la “integración de los sistemas económicos británico y americano como el fundamento para una integración de posguerra más amplia”:

si un orden mundial ha de surgir de esta guerra, no es realista pensar que va a salir hecho y derecho de una conferencia de cincuenta países sostenida en una fecha determinada con el fin de redactar una Constitución Mundial. Es más probable que sea un devenir gradual de los procedimientos de tiempos de guerra actualmente en desarrollo (...). Si EUA rechaza un imperialismo de “lobo solitario” y encara el hecho de que ni una Liga de las Naciones ni otro parlamento internacional pueden establecerse en un futuro próximo... [esto] no impide a EUA acercarse a Gran Bretaña con una propuesta de integración económica como primer paso hacia un mecanismo de reconstrucción general. A menos que lleguemos a un acuerdo con Gran Bretaña y sus Dominios acerca de estas cuestiones, es utópico pensar en un acuerdo más amplio entre todas las Naciones Unidas<sup>53</sup>.

Este panfleto estaba acompañado por una larga declaración colectiva<sup>54</sup> de los editores de las revistas *Fortune*, *Time* y *Life* que empezaba con la premisa de que “América va a surgir como la potencia más poderosa del mundo de posguerra y por lo tanto, depende de ella decidir qué tipo de orden de posguerra quiere”. En este contexto y tras las tensiones del New Deal, invocaban a “la confianza mutua entre empresarios y el gobierno” a fin de que este pudiera ejercer sus responsabilidades tanto “para usar la política fiscal como instrumento equilibrador, como sus poderes legislativos y administrativos para promover y fortalecer a la empresa privada, removiendo los obstáculos a su expansión natural...”. Esto produciría “un contexto expansionista en el que tarifas, subsidios, monopolios, regulaciones laborales, feudalismo plantacionista, impuestos, atraso tecnológico, leyes impositivas obsoletas y todo tipo de barreras a la expansión puedan ser removidos”. Si bien reconocían que “el ascenso del proletariado internacional”... era “... el hecho más importante de los últimos veinte años...”, también entendían que esto “significaba que el irrestricto libre comercio internacional, que Cobden predicaba y Gran Bretaña practicaba, ya no era una posibilidad política inmediata”. Sin embargo el libre cambio entre EUA y Gran Bretaña podía ser “el empujón que ambas economías necesitaban” y sobre esta base “se propagaría gradualmen-

te el área de libertad, desde los dominios británicos hasta Latinoamérica y tal vez algún día hacia el resto del mundo. El libre comercio universal, y no un exacerbado nacionalismo, es el objetivo *último* de un mundo racional”. Y en términos muy directos, los editores llamaron a éste un nuevo imperialismo:

Por lo tanto, un nuevo “imperialismo” americano, si ha de llamárselo así, será –o podrá ser– muy distinto al británico. Puede también ser diferente respecto del tipo americano prematuro que siguió a nuestra expansión en la guerra con España. El imperialismo americano puede completar la tarea que los británicos comenzaron; y en lugar de vendedores y plantadores, sus representantes pueden ser cerebros y tractores, técnicos y máquinas herramientas. El imperialismo americano no necesita extraterritorialidad, puede llevarse mejor en Asia si los *tuans* y los *sahibs*\* se quedan en casa (...) EUA tampoco tiene miedo de ayudar a reconstruir rivales industriales (...) porque sabemos que la industrialización no limita sino que estimula el comercio internacional... Este imperialismo americano parece sobrio y grandilocuente. De todos modos, es una política factible para América, dado que no es comida sino amistad lo que más necesitamos del resto del mundo.

En ningún lugar fue más claramente confirmada esta inmensa capacidad gerencial que el estado norteamericano había desarrollado para convertir esta perspectiva en una realidad que en la conferencia de Bretton Woods en 1944. La comisión responsable de crear el FMI fue dirigida y atentamente controlada por un hombre del New Deal, Harry Dexter White para el Tesoro norteamericano, y aunque Keynes dirigió la comisión que planeó lo que luego sería el Banco Mundial y varias comisiones bajo su mando no estaban a cargo de norteamericanos, todas “tenían secretarios y relatores nombrados y actuando bajo instrucciones de White”, quien también creó “una publicación de la conferencia que debía circular todos los días a fin de informar a todos acerca de las decisiones más importantes”. White tenía a su disposición un ejército de taquígrafos trabajando día y noche y a los *boy scouts* actuando como acompañantes y distribuyendo los artículos –los cuales estaban escritos en un “lenguaje legal que hacía todo más difícil de comprender entre tanta variedad de idiomas incomprensibles”. Este era el tipo de “manicomio controlado”\*\*\* que el Tesoro norteamericano quería a fin de

---

\* N. de la T.: ambas expresiones son utilizadas en Malasia y la India respectivamente para denominar al Señor/Caballero.

\*\* N. de la T.: en el original “controlled Bedlam”.

“hacer más fácil la imposición de un *fait accompli*”. Fue en este contexto que todas las delegaciones decidieron finalmente que “era mejor estar con el Tesoro norteamericano que con sus críticos disgustados, ‘ya que estos [según palabras de Keynes] no saben lo que quieren ni tienen el poder necesario para implementar sus propias promesas’”. La conferencia culminó con el homenaje de Keynes a un proceso en el que 44 países “habían estado aprendiendo a trabajar juntos para que ‘la hermandad del hombre se convirtiera en algo más que una mera frase’. Los delegados aplaudieron vivamente mientras se ejecutaba el himno de EUA”<sup>55</sup>.

Al radicarse las centrales del FMI y del Banco Mundial por insistencia de EUA en Washington DC, se estableció un patrón internacional de administración económica entre todos los países capitalistas avanzados que continúa hasta nuestros días. Así, cada vez que los ministros de finanzas y/o los bancos centrales europeos o del Japón proponen, son el Tesoro norteamericano y la Reserva Federal quienes disponen<sup>56</sup>. Además de dicho entramado institucional, el vínculo entre estos estados y el imperio norteamericano se institucionalizó a través de la OTAN, por no mencionar las redes de inteligencia que ligaban a cada uno de los estados capitalistas avanzados a los aparatos de seguridad norteamericanos como parte de la estrategia de contención del comunismo durante la Guerra Fría. Todo esto interactuaba con las redes económicas así como con las redes intelectuales, mediáticas y de propaganda para explicar, justificar y promover la nueva realidad imperial.

Muchos de quienes ponen el acento en el vínculo entre el ejército y los servicios de inteligencia del estado norteamericano y los aparatos coercitivos de Europa y Japón tienden a ver la clave explicativa de este proceso en la dinámica de la Guerra Fría<sup>57</sup>. Sin embargo, analizando las políticas estadounidenses desde la perspectiva del colapso de la URSS, Bacevich ha argumentado recientemente que:

Concebir la gran estrategia de EUA desde 1940 hasta 1980 exclusivamente en términos de “contención” –sin otro motivo que el de resistir la expansión del poder soviético– no es erróneo, pero sí incompleto (...) Una concepción tan limitada de la estrategia de la Guerra Fría nos impide comprender la actual política norteamericana (...) Ninguna estrategia que merezca llamarse así es exclusivamente pasiva o defensiva en su orientación (...) La gran estrategia de EUA durante la Guerra Fría requirió no sólo contener al comunismo sino también tomar medidas activas para abrir el mundo política, cultural y, por sobre todas las cosas, económicamente –que es precisamente lo que los gobernantes y formuladores de políticas dijeron intentaron hacer<sup>58</sup>.

---

\* N. de la T.: en el original “The Star Spangled Banner”.

Al concentrarse exclusivamente en la política exterior y los aparatos coercitivos y de inteligencia, esta clase de lecturas no puede dar cuenta de hasta qué punto el “Sistema de Protectorado” norteamericano (por usar una expresión de Peter Gowan) estaba “alterando el carácter de los capitalismos centrales”. Porque esto implicó la “transformación interna de las relaciones sociales dentro de los protectorados hacia el sistema norteamericano de acumulación “fordista”, lo cual abrió la posibilidad de extender sus *mercados internos* de modo tal que sus clases trabajadoras pasaron a ser no sólo la fuente de extracción de plusvalía sino también la base creciente del consumo para la *realización* del plusvalía”<sup>59</sup>. Mientras el nuevo imperio informal todavía dejaba espacio para que los otros estados del centro capitalista actuaran como “entidades autónomas en la organización de la acumulación capitalista”, la emulación de las formas de tecnología norteamericanas y administración “fordista” (en un principio organizadas y canalizadas a través de los “consejos de productividad” de la posguerra) eran reforzadas masivamente a través de la inversión directa extranjera estadounidense. Aquí también el centro de las redes del imperio norteamericano se trasladó hacia los países capitalistas avanzados de modo que entre 1950 y 1970 la proporción total de inversión directa norteamericana en Latinoamérica cayó de un 40 a un 20% mientras que la de Europa Occidental se duplicó hasta igualar la participación de más del 30% de Canadá<sup>60</sup>. No es entonces sorprendente que observadores externos tan agudos como Raymond Aron y Nicos Poulantzas vieran en Europa una tendencia hacia la “canadanización” como modelo de integración al imperio norteamericano<sup>61</sup>.

Nada de todo esto implicó, por supuesto, que la dimensión Norte-Sur del imperialismo se hubiese vuelto irrelevante. Sí significó que las relaciones de los otros países capitalistas centrales con el Tercer Mundo, incluyendo sus ex colonias, fueran atravesadas por las reglas del imperio informal norteamericano. Los países capitalistas centrales podrían seguir beneficiándose del clivaje Norte-Sur pero cualquier intervención tendría que ser iniciada, o al menos aprobada, por EUA (como lo demuestra Suez). Sólo EUA podía entonces arrogarse el derecho de intervención contra la soberanía de otros estados (lo que ha hecho repetidas veces alrededor del mundo) y sólo el estado norteamericano se reservaría para sí mismo el derecho “soberano” de rechazar normas y leyes internacionales cuando fuese necesario. Es en este sentido que sólo el estado norteamericano ha sido activamente “imperialista”.

Pese a que las reglas del imperio informal parecían ubicar al “Tercer Mundo” y a los países capitalistas avanzados en el mismo escalón político y económico, tanto el legado del viejo imperialismo como el gran desequili-

brio de recursos entre el Plan Marshall y la ayuda al desarrollo del Tercer Mundo tendieron a reproducir y reforzar las desigualdades globales. En la era de posguerra esto permitió a los estados europeos desarrollar una coherencia económica interna y mercados domésticos crecientes. En los términos de Alan Milward, la integración económica europea fue explícitamente promovida por EUA como un mecanismo europeo para “rescatar el estado-nación europeo”<sup>62</sup>. Pero esto contrastaba con la aversión norteamericana por las estrategias de industrialización por sustitución de importaciones adoptadas por los estados del Sur, por no mencionar la hostilidad de EUA hacia el tipo de planes de desarrollo de base económica auto-centrados que los países capitalistas avanzados habían utilizado antes de adoptar el orden liberal internacional. A diferencia de los intereses geoestratégicos que predominaron en las guerras de Corea y Vietnam, lo que determinó la participación de EUA en el derrocamiento de numerosos gobiernos desde Irán a Chile fue su oposición al nacionalismo económico. El resultado predecible—dadas las limitaciones de la mayoría de los mercados internos del Tercer Mundo y las implicaciones de todos los estados del Tercer Mundo compitiendo por entrar al mercado internacional— fue que las desigualdades globales aumentaron, aún cuando algunos pocos estados del Tercer Mundo, como Corea del Sur, fueron capaces de aprovechar el espacio geoestratégico que el nuevo imperio les concedió para desarrollarse rápidamente y achicar la brecha.

Aún así, en términos generales, la nueva modalidad informal de dominio imperial estaba caracterizada, tanto en los países capitalistas avanzados como en el Tercer Mundo, por la penetración de sus fronteras más que por su disolución. El nuevo orden capitalista internacional estaba ahora organizado y regulado ya no por un imperio formal sino por medio de la reconstrucción de los estados como elementos integrales del imperio informal norteamericano. Los estados-nación constituían el vehículo principal a través del cual (a) las relaciones sociales y las instituciones de clase, la propiedad, la moneda, los contratos y los mercados se establecían y reproducían; y (b) la acumulación internacional de capital se llevaba adelante. La gran expansión de inversión directa extranjera en todo el mundo implicó que lejos de escaparse del estado, el capital aumentó su dependencia de *muchos* estados. Al mismo tiempo, como fuerza social efectiva dentro de cualquier estado dado, el capital ahora tendía a integrar al capital extranjero y al doméstico dentro de las ambiciones y conexiones internacionales. Su interpenetración hizo que la noción de diferentes burguesías nacionales— ni que hablar del tipo de rivalidades entre ellas que condujo a la Primera Guerra Mundial— resultara crecientemente anacrónica.

Otra dimensión de esta nueva relación entre capitalismo e imperialismo era entonces la *internacionalización del estado*, entendida como la aceptación por parte del estado de hacerse responsable de manejar el orden capitalista doméstico de modo tal de contribuir al manejo del orden capitalista internacional<sup>63</sup>. Para el estado imperial norteamericano, de todos modos, la internacionalización del estado tenía una cualidad especial dado que le permitía a EUA definir y ejercer su interés nacional no sólo en beneficio de su propia clase capitalista sino fundamentalmente en beneficio de la extensión y reproducción del capitalismo global. Esto tenía que ver no sólo con la particularidad del estado y la formación social estadounidense, sino también con la creciente inclinación a concebir el papel del estado norteamericano como garante de la supervivencia de la “libre empresa” dentro de EUA a través de la promoción del libre comercio y la libre empresa a nivel internacional. Así lo expresaba el presidente Truman en su famoso discurso contra el aislacionismo, en marzo de 1947, en la Universidad de Baylor:

Ahora, como en 1920, hemos alcanzado un punto de inflexión en nuestra historia. Las economías nacionales han sido desorganizadas por la guerra. En todos lados el futuro es incierto. Las políticas económicas son muy cambiantes. En esta atmósfera de duda y vacilación, el factor decisivo será el tipo de liderazgo que EUA le brinde al mundo. Somos el gigante de la economía mundial. Nos guste o no, el futuro patrón de relaciones económicas depende de nosotros (...). Nuestras relaciones exteriores, políticas y económicas, son indivisibles<sup>64</sup>.

La internacionalización del estado norteamericano estaba totalmente enmarcada en el documento NSC-68 del Consejo de Seguridad Nacional de 1950, el cual (aunque permaneció como *top secret* hasta 1975) fue definido por Kolko como “el más importante de todos los documentos políticos de posguerra”. El mismo articulaba muy claramente el objetivo de construir un “ambiente mundial en el que el sistema norteamericano pueda sobrevivir y florecer... Aún si no existiera la Unión Soviética enfrentaríamos el gran problema...[de que] la ausencia de un orden entre las naciones es cada vez menos tolerable”<sup>65</sup>.

#### LA RECONSTRUCCIÓN DEL IMPERIO NORTEAMERICANO EN LA ERA NEOLIBERAL

Este patrón de dominio imperial se estableció durante la reconstrucción de posguerra, un período que pese a su dinamismo económico fue inhe-

rentemente transitorio. La noción misma de “reconstrucción” planteaba ya la pregunta de qué iría a ocurrir luego de que las economías europeas y la de Japón se reconstruyeran y se volvieran competitivas respecto de la norteamericana y una vez que las condiciones benignas de los años de posguerra estuviesen agotadas<sup>66</sup>. Más aún, las luchas obreras y campesinas y el creciente nacionalismo económico en el Tercer Mundo, y la militancia en ascenso de la clase obrera en los países capitalistas centrales, tendrían un fuerte impacto tanto sobre la tasa de ganancia del capital como sobre el orden institucional de posguerra.

En menos de una generación, las contradicciones inherentes a Bretton Woods estaban a la vista. Para cuando las monedas europeas se volvieron totalmente convertibles en 1958, prácticamente todas las premisas de 1944 se hallaban cuestionadas. El tipo de cambio fijo establecido en el tratado dependía de los controles de capital que la mayoría de los países, a excepción de EUA, mantenía después de la guerra<sup>67</sup>. No obstante, la internacionalización misma del comercio y la inversión directa extranjera que Bretton Woods promovía (junto a innovaciones domésticas y la competencia en hipotecas, créditos, bancos de inversión y corretaje de acciones, títulos y monedas que fortalecieron la capacidad del sector financiero dentro de EUA), contribuyeron a restaurar un mercado financiero global con la correspondiente erosión de los controles de capital y la vulnerabilidad de los tipos de cambio fijos<sup>68</sup>.

Hacia principios de los años sesenta ya se anunciaban serios temores de un retorno al colapso y fragmentación económica internacional del periodo de entreguerras en la medida en que la economía norteamericana pasaba de ser acreedora a deudora, el dólar dejaba de ser una moneda escasa y abundaba, y el patrón oro-dólar en que se enmarcaba Bretton Woods comenzaba a tambalear<sup>69</sup>. Pero a pesar de nuevas tensiones entre EUA y Europa y Japón, el pasado no se repitió. Por el contrario, el dominio estadounidense, que nunca fue seriamente desafiado, pudo reorganizarse sobre nuevas bases y el proceso de integración internacional no retrocedió sino que se intensificó. Esta reconstrucción del orden global, al igual que desarrollos anteriores del capitalismo global, no era inevitable. Lo que la hizo posible —es decir, lo que le dio al estado norteamericano el tiempo y el espacio político para renovar sus ambiciones globales— fue que para el momento de la crisis de los setenta, la penetración ideológica y material de EUA y su integración con Europa y Japón era lo suficientemente fuerte como para descartar cualquier aislamiento respecto de la economía internacional o cualquier desafío serio al liderazgo del estado norteamericano.

Obviamente, EUA se había establecido a sí mismo como el protectorado militar de Europa y Japón, lo cual se mantuvo mientras ambas economías hacían su entrada en los mercados estadounidenses. Pero el factor determinante en fortalecer los nuevos lazos imperiales durante la posguerra fue la inversión directa extranjera en tanto mecanismo principal de exportación de capital e integración internacional. Las corporaciones norteamericanas, en particular, se estaban convirtiendo en redes de conexión transnacionales entre proveedores, financieros y mercados de consumo (fortaleciendo así un orden comercial liberalizado como medio para asegurar redes internacionales de producción más estrechas aún). Incluso cuando la respuesta inicial al desarrollo de este tipo de inversiones estadounidenses haya sido hostil, en general dio lugar a la competencia por atraer dichas inversiones y luego a la emulación a los efectos de enfrentar “el desafío norteamericano” mediante contra-inversiones en EUA.

A diferencia del comercio, la inversión directa extranjera norteamericana afectó directamente a las estructuras de clase y las formaciones estatales de los otros países capitalistas centrales<sup>70</sup>. Las tensiones y alianzas dentro de las clases capitalistas locales ya no podían ser entendidas en términos puramente “nacionales”. Las compañías automotrices alemanas, por ejemplo, iban detrás de las norteamericanas en la búsqueda de mercados europeos y compartían intereses mutuos dentro de Alemania, como el precio del acero europeo. Tenían motivos para ser muy cautelosas respecto a las políticas que discriminaban a favor de compañías europeas, si bien esto podía, como consecuencia, afectar sus crecientes intereses en los mercados de y las inversiones en EUA. Y si la inestabilidad en Latinoamérica u otro “punto problemático” amenazaba sus propias inversiones internacionales, acudían principalmente a EUA antes que a sus propios estados para defenderlas.

Con el capital norteamericano actuando como una fuerza social dentro de cada estado europeo, el capital local tendió a ser “desarticulado” y no más representado por una burguesía nacional coherente e independiente<sup>71</sup>. La probabilidad de que el capital doméstico pudiera desafiar al dominio estadounidense —como algo opuesto a la mera búsqueda por renegociar los términos del liderazgo norteamericano— disminuyó considerablemente. Aunque las economías de Europa occidental y Japón habían sido reconstruidas en el periodo de posguerra, la naturaleza de su integración a la economía global tendió a sujetar la reproducción exitosa de sus propias formaciones sociales a las reglas y estructuras del orden global liderado por EUA. Por mucho que los estados europeos y japoneses pudieran haber querido renegociar los acuerdos contrados en 1945, ahora que sólo el 25% de la producción global estaba ubicada en EUA, ni ellos ni sus burguesías esta-

ban remotamente interesados en desafiar la hegemonía que el imperio informal estadounidense había establecido sobre ellos. Como afirmaba Poulantzas a principios de los '70, "para ellos, la cuestión es más bien reorganizar una hegemonía que todavía aceptan...; lo que en realidad se disputan es el reparto de la torta"<sup>72</sup>.

Fue en este contexto que la internacionalización del estado se volvió particularmente importante. En los setenta, en el transcurso de las prolongada, y a veces confusas renegociaciones de los términos que desde fines de la Segunda Guerra Mundial ligaban a Europa y Japón al imperio norteamericano, todos los estados-nación involucrados aceptaron la responsabilidad de crear las condiciones *internas* necesarias para sostener la acumulación *internacional*, como la estabilidad de los precios, las limitaciones a la militancia obrera, el tratamiento nacional a las inversiones extranjeras y la salida irrestricta de capitales. Para citar nuevamente a Poulantzas, la tendencia real que surgió a partir de la crisis de los setenta fue "las transformaciones internalizadas del estado mismo a fin de hacerse cargo de la internacionalización de las funciones públicas en beneficio del capital"<sup>73</sup>. Por lo tanto, los estados-nación no estaban desapareciendo sino sumando responsabilidades.

No es que hayan visto con claridad exactamente lo que se necesitaba hacer. Las estructuras establecidas del orden posterior a 1945 no resolvieron por sí mismas las presiones generalizadas sobre las tasas de ganancia en EUA y Europa. Tampoco sugirieron cómo EUA podría revivir su base económica de manera de consolidar su dominación. Y tampoco daban respuestas respecto de cómo se manejarían las tensiones e inestabilidades de un mundo en que el estado norteamericano no era omnipotente sino que dependía, para su dominio, de poder funcionar a través de otros estados. La naturaleza contingente del nuevo orden quedó demostrada en el hecho de que la "solución" sólo apareció hacia fines de los setenta es decir, dos décadas después de los primeros signos de problemas, casi una década después de la crisis del dólar de principios de los '70 y luego de un período sostenido de falsas iniciativas, confusiones y experimentaciones inciertas<sup>74</sup>.

La primera y más crucial respuesta del gobierno de Nixon, es decir, el fin dramático de la convertibilidad del dólar en 1971, restauró la autonomía económica del estado norteamericano ante la corrida hacia el oro; y la consiguiente devaluación del dólar corrigió, al menos temporalmente, el déficit de la balanza comercial de EUA. De todos modos, esa respuesta estaba muy lejos de ser una solución a las cuestiones más amplias que estaban en juego. El estado norteamericano sacó ventaja de su posición todavía dominante para defender sus propias bases económicas, pero esta postura defensiva no pudo generar una solución general a los problemas que enfrentaban todas las

economías capitalistas desarrolladas, ni tampoco crear las bases para renovar el dinamismo económico de EUA<sup>75</sup>. Hacia fines de los setenta, cuando la economía estadounidense enfrentaba una fuga de capitales (domésticos y extranjeros), un informe presidencial al Congreso (que se definía a sí mismo como “el análisis más detallado y comprehensivo de la posición competitiva de EUA”) confirmaba un declive estrepitoso en la competitividad —la cual se aconsejaba *podía* ser revertida por una reorientación radical de la política económica dirigida a corregir la inflación persistente y a tener mayor acceso a los ahorros a fin de acelerar la inversión<sup>76</sup>.

La preocupación por retener y atraer nuevo capital fue especialmente crucial para lo que vendría. La apertura de los mercados de capitales en los órdenes doméstico y global representó tanto una oportunidad como una restricción para el estado norteamericano. La liberalización financiera permitía trasladar un aspecto importante de la competencia al terreno donde la economía estadounidense había tenido potencialmente sus ventajas comparativas más grandes. Sin embargo, esas ventajas no podrían convertirse en instrumentos efectivos de poder sin ciertos cambios políticos y económicos. La ambivalencia del estado norteamericano respecto de cómo manejar la fuerza creciente del capital financiero se reflejaba en sus políticas: los controles de capital se habían introducido en 1963, pero estaban sujetos a “excepciones” importantes; el mercado de euro-dólares era una fuente de preocupación, pero al mismo tiempo se reconocía que hacía la tenencia de dólares más atractiva y, consiguientemente, era un propulsor importante del reciclaje de petrodólares del Tercer Mundo. La liberalización financiera fortaleció enormemente a Wall Street durante los ‘70 y, como han mostrado muy persuasivamente Duménil y Lévy, demostró ser crucial para los cambios más amplios que le siguieron<sup>77</sup>. Pero esto no debería ser visto como a expensas del capital industrial. Lo que estaba en juego no era un “golpe financiero” sino más bien un (tardío) reconocimiento por parte del capital norteamericano de que el fortalecimiento del poder financiero era un esencial, aunque a veces doloroso, precio a pagar para la reconstrucción del poder económico norteamericano<sup>78</sup>.

El “punto de inflexión” crítico en materia de orientación política vino en 1979 con el “shock de Volcker” —el programa autoimpuesto de ajuste estructural del estado norteamericano. La determinación de la Reserva Federal de establecer una disciplina económica interna a través de un alza inédita de las tasas de interés condujo a una reestructuración vital del trabajo y la industria y atrajo la confianza necesaria que los mercados de dinero y los bancos centrales estaban buscando. Junto a las políticas neoliberales más generales que evolucionaron hacia un paradigma de políticas capitalis-

tas relativamente coherente durante la década del ochenta, el nuevo impulso del capital financiero reforzado por las políticas estatales sentó las bases para lo que comúnmente se conoce como “globalización”—el impulso acelerado hacia un mundo sin fronteras ni restricciones para la acumulación del capital.

Los mecanismos del neoliberalismo (la expansión y profundización de los mercados y las presiones competitivas) pueden ser económicos, pero este fue esencialmente una respuesta *política* a las conquistas democráticas que habían sido alcanzadas previamente por las clases subordinadas y que, desde el punto de vista del capital, representaban un obstáculo a la acumulación. El neoliberalismo no sólo implicó revertir esas conquistas sino también debilitar sus fundamentos institucionales —incluyendo un cambio en la jerarquía de los aparatos del estado norteamericano hacia el Tesoro y la Reserva Federal a expensas de las antiguas agencias del New Deal. Por supuesto que EUA no fue el único país en introducir políticas neoliberales, pero una vez que el propio estado norteamericano se movió en esta dirección, adquirió un nuevo status: el capitalismo ahora operaba bajo una “nueva forma de dominio social”<sup>79</sup> que prometía, y de hecho produjo, (a) el resurgimiento de la base productiva del predominio estadounidense; (b) un modelo universal para restaurar las condiciones de la rentabilidad en otros países desarrollados; y (c) las condiciones económicas para la integración del capitalismo global.

En el transcurso de la reestructuración económica que vino después, las condiciones laborales en EUA fueron seriamente debilitadas, proporcionándole al capital norteamericano una mayor flexibilidad competitiva en relación con Europa. Las firmas ineficientes fueron depuradas —un proceso que había sido limitado en los setenta— y las sobrevivientes fueron reestructuradas internamente, terciarizando procesos a proveedores más baratos y especializados, relocalizándose en los estados cada vez más urbanizados del Sur, y fusionándose con otras firmas —todo esto como parte de un acelerado proceso de redistribución del capital dentro de la economía estadounidense. La nueva confianza de los inversores globales (incluyendo al propio Wall Street) en la economía norteamericana y el estado le dio a EUA un acceso relativamente barato a los ahorros globales e hizo al capital eventualmente más barato en EUA. Los capitales de riesgo disponibles impulsaron la inversión en desarrollo de nuevas tecnologías (la cual también se benefició de los subsidios públicos vía programas de procuración militar), las cuales, a su vez, fueron integradas a las estrategias de reestructuración de las gerencias y diseminadas en sectores que estaban más allá de la *high-tech*. La proporción estadounidense de la producción mundial no continuó

declinando sino que siguió siendo alrededor de un cuarto del total hasta comienzos del siglo veintiuno.

En la década del ochenta, la economía norteamericana no sólo revirtió su desliz sino que también sentó las bases para que los capitales europeos y japoneses hicieran lo mismo<sup>80</sup>. La confianza renovada por parte del capital norteamericano consolidó al capitalismo como proyecto global a través del desarrollo de mecanismos formales e informales de coordinación internacional. El neoliberalismo reforzó las condiciones materiales e ideológicas para garantizar el tratamiento “nacional” del capital externo dentro de cada formación social y para “constitucionalizar” por medio del NAFTA, la OMC y la Unión Económica y Monetaria Europea, la libre circulación de bienes y capital (la OMC era una versión más amplia del GATT, pero con más dientes)<sup>81</sup>. El acceso privilegiado de la economía estadounidense a los ahorros globales gracias al lugar central de Wall Street dentro de los mercados de dinero globales le permitió importar libremente sin comprometer otros objetivos. Esto le dio al estado norteamericano el rol no necesariamente intencionado de “importador de último recurso”, que limitaba el impacto de cualquier desaceleración económica en otros lugares al mismo tiempo que reforzaba la dependencia de los inversores y exportadores extranjeros de los mercados y políticas estatales norteamericanas. La Reserva Federal, pese a estar sólo preocupada por las políticas domésticas, mantenía un ojo bien abierto sobre el contexto internacional. Y el Tesoro, cuya posición relativa dentro del estado ha variado a lo largo de la era de posguerra, asumió crecientemente el rol de manager macroeconómico global durante las décadas de los ochenta y noventa, reforzando así su status en el tope de la jerarquía de los aparatos del estado norteamericano<sup>82</sup>.

El G-7 surgió como un foro de ministros de finanzas y funcionarios del Tesoro para discutir los desarrollos globales, establecer consensos en la dirección de ciertas cuestiones y dirigir de manera concreta y controlada cualquier ajuste necesario del tipo de cambio. EUA le permitió al Bank for International Settlements resurgir como principal agencia de coordinación internacional, en el contexto del mayor protagonismo de los crecientemente “independientes” banqueros centrales, a fin de mejorar los estándares de funcionamiento del capital dentro de los sistemas bancarios. El FMI y el Banco Mundial también fueron reestructurados. El FMI dejó de atender los problemas de “ajuste” de la balanza de pagos para ocuparse de las crisis económicas estructurales en los países del Tercer Mundo (a lo largo de las líneas impuestas sobre Gran Bretaña en 1976) y se convirtió en el vehículo central para imponer cierto tipo de “condicionalidades”, a cambio de préstamos, que tomaban en cuenta las preocupaciones del capital global.

El Banco Mundial apoyó esto, aunque hacia los noventa centró también su atención en la construcción del estado capitalista —lo que se conoce como “estados efectivos”<sup>83</sup>.

Que el imperio norteamericano se haya reconstituido de manera tan exitosa a través de las últimas décadas del siglo XX no significa que el capitalismo global haya alcanzado una nueva meseta de estabilidad. En realidad, es posible afirmar que las dinámicas de inestabilidad y contingencia son sistemáticamente incorporadas a la forma reconstituida del imperio. En buena medida, porque la competencia intensificada propia del neoliberalismo y la hipermovilidad de la liberalización financiera agravan el desarrollo desigual y la extrema volatilidad inherentes al orden global. Es más, esta inestabilidad se ve dramáticamente amplificada por el hecho de que el estado norteamericano sólo puede dominar este sistema a través de otros estados, y convertir a todos en estados “efectivos” para el capitalismo global no es un asunto sencillo. Es precisamente en la tentativa por parte del estado norteamericano por enfrentar estos problemas, especialmente *vis-a-vis* con aquello que denomina “estados canallas” del Tercer Mundo, lo que ha conducido al imperialismo estadounidense a presentarse hoy de manera cada vez más desembozada.

#### MÁS ALLÁ DE LA RIVALIDAD INTER-IMPERIAL

No podemos entender el imperialismo en la actualidad como si fuera una crisis irresuelta de la década del setenta caracterizada por una sobreacumulación y un exceso de competencia dando lugar nuevamente a una rivalidad inter-imperial. A diferencia del periodo anterior que se caracterizaba por la fuerza económica relativa de Europa y Japón, el momento histórico actual muestra, por el contrario, su relativa *debilidad*. La preocupación por el déficit comercial de EUA parece superponerse en ambos periodos, pero el contexto y el contenido de dicha preocupación han cambiado radicalmente. Anteriormente, el déficit norteamericano apenas estaba surgiendo, era generalmente visto como insostenible incluso en el corto plazo y era caracterizado por los banqueros centrales extranjeros como la exportación de la inflación estadounidense al exterior. Hoy, la economía global no sólo ha venido a convivir con el déficit norteamericano por casi un cuarto de siglo sino que la estabilidad global ha venido a depender de ese déficit y es, en todo caso, su intento por “corregirlo” lo que representa una amenaza —esta vez, una amenaza deflacionaria. En el periodo anterior, los mercados financieros globales sólo estaban emergiendo, y lo que esto ponía en cuestión en aquel entonces era su impacto en el socavamiento de las formas de

macro-management nacionales e internacionales existentes, incluyendo el rol internacional del dólar norteamericano. El consiguiente desarrollo explosivo de los mercados financieros ha resultado en estructuras financieras y flujos de circulación que han hecho hoy de las “finanzas” mismas un punto central del macro-management global –ya sea reforzando la disciplina de acumulación, recolocando capital a través de sectores y regiones, otorgando créditos a inversores/consumidores para sostener hasta los más modestos niveles de crecimiento, o apoyando la capacidad de la economía estadounidense para atraer los ahorros globales necesarios para reproducir el imperio norteamericano.

En este contexto, el nivel de inconsciencia teórica con que se emplea el término “rivalidad” para calificar la competencia económica entre la UE, Japón (o más genéricamente, el Sudeste Asiático) y EUA es notable. El significado específico que este concepto tenía en el contexto anterior a la Primera Guerra Mundial, cuando la competencia económica entre estados europeos sí estaba de hecho articulada con capacidades militares comparables y Lenin podía afirmar que las “guerras imperialistas son absolutamente inevitables”<sup>84</sup>, es prácticamente inexistente en el contexto contemporáneo de aplastante dominio militar norteamericano. Pero más allá de esto, el sentido que este concepto tenía en el pasado está en contradicción con la distintiva integración económica y militar que existe actualmente entre las potencias capitalistas.

El término “rivalidad” tiende a exagerar la competencia económica entre estados mucho más allá de lo que significa en el mundo real. Así como la concepción de una clase capitalista transnacional, liberada de cualquier restricción estatal o a punto de engendrar un estado global supranacional, es por demás extravagante<sup>85</sup>, también lo es cualquier noción de un retorno a la rivalidad entre burguesías nacionales. Las relaciones de poder asimétricas que surgieron de la penetración e integración entre los principales países capitalistas bajo la tutela del imperio informal norteamericano no se disolvieron con la crisis de la edad de oro de la posguerra y el aumento de la competencia comercial y la movilidad de capital que le siguió. Por el contrario, esas relaciones de poder se reformaron y se reconstituyeron a través de la era de la globalización neoliberal. Obviamente, nada de esto quiere decir que el estado y las estructuras económicas se hayan vuelto homogéneos o que no haya divergencia en muchas áreas de políticas, o que los conflictos y las contradicciones estén ausentes del orden imperial. Pero estos conflictos y contradicciones no se localizan tanto en las relaciones entre los estados capitalistas avanzados como *dentro* de esos estados mismos, en la medida en que estos intentan

manejar sus procesos internos de acumulación, legitimación y lucha de clases. Esto es igualmente cierto para el caso del estado norteamericano en su intento por manejar y hacerle frente a las complejidades de la globalización neoliberal.

La evolución de la Unión Europea tampoco hace a la teoría de la rivalidad inter-imperial relevante para nuestro tiempo<sup>86</sup>. Impulsada en sus orígenes por el estado norteamericano, su reciente desarrollo a través de la unión económica y monetaria, incluyendo el lanzamiento del euro y el Banco Central Europeo, nunca tuvo la oposición del capital estadounidense dentro de Europa ni del estado norteamericano. Lo que la UE ha conseguido en términos de libre mercado y movilidad del capital dentro de su propia región no desafía, sino que se ajusta a, la “nueva forma de dominio social” liderada por EUA que el neoliberalismo representa. Lo que ha logrado en términos de integración de los mercados de capitales europeos no sólo ha implicado una mayor penetración de la inversión bancaria estadounidense y su correspondiente principio de “valor del accionista” dentro de Europa, sino que también, como lo ha demostrado John Grahl, “se ha basado en la desregulación e internacionalización del sistema financiero estadounidense”<sup>87</sup>.

Los pasos vacilantes hacia una postura militar europea independiente, sin contar el terrible costo económico que esto involucraría (mucho más en el contexto de un crecimiento relativamente lento), fueron rápidamente neutralizados por la guerra de Kosovo en la ex Yugoslavia –apoyada por todos los gobiernos europeos– a través de la cual EUA dejó bien en claro que la OTAN continuaría siendo el último policía de Europa<sup>88</sup>. Pero esto sólo puso en su lugar una cuestión sobre la que ningún político pragmático de Europa se había hecho ninguna ilusión. La dependencia respecto de la tecnología militar norteamericana y sus servicios de inteligencia sería todavía tal que EUA mismo ve “una fuerza de la UE que sirva como extensión efectiva, aunque no oficial, de la OTAN y no como un sustituto”<sup>89</sup>. Y del lado europeo, Joschka Fischer, ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, ha reconocido de manera similar que “la relación transatlántica es indispensable. El poder de EUA es un factor decisivo para la paz y estabilidad del mundo. No creo que Europa pueda alguna vez ser lo suficientemente fuerte como para defenderse sola”<sup>90</sup>. Probablemente, esta apreciación de la realidad dentro de los círculos de la elite europea esté en el corazón mismo de sus expresas frustraciones respecto a la tendencia actual del liderazgo estadounidense a tratar a Europa simplemente como un socio “menor”. Aunque se ha dicho que el fin de la Guerra Fría dejó a Europa en un estado de menor dependencia del paraguas militar norteamericano,

y por lo tanto, más libre para perseguir sus propios intereses, este mismo proceso hizo a EUA más indiferente ante las sensibilidades europeas.

En cuanto al Este Asiático, si bien se podría pensar que el alto nivel de centralización del estado de Japón le podría dar el potencial imperial del que la UE carece, ha mostrado mucha menos capacidad de liderazgo regional, ni que hablar de liderazgo global, independiente de EUA. Es más, su capacidad para penetrar económicamente al Este Asiático ha estado y continúa estando mediada por las relaciones imperiales norteamericanas<sup>91</sup>. Esto quedó crudamente subrayado por las acciones del Tesoro norteamericano (especialmente a través de la intervención directa de Rubin y Summers) en la crisis del Este Asiático de 1997-98, cuando dictaminó un conjunto de duros condicionamientos precisamente en el patio trasero de Japón<sup>92</sup>. Aquellos que interpretaban la penetración comercial de Japón en los mercados norteamericanos y sus masivas inversiones directas en EUA durante la década del ochenta en términos de rivalidad inter-imperial están influenciados por una perspectiva economicista errónea. Japón continúa dependiendo de los mercados estadounidenses y de la seguridad de sus inversiones dentro de EUA, y su banco central está ansioso por comprar dólares para limitar la caída del mismo y su impacto sobre el Yen. Y aún cuando China pueda surgir eventualmente como un polo de poder inter-imperial, le llevaría muchas décadas alcanzar semejante estatuto. El hecho de que ciertos sectores del estado norteamericano estén preocupados por asegurarse de que su poder “unipolar” hoy se use para prevenir el posible surgimiento de rivales imperiales el día de mañana, no puede ser utilizado como evidencia respecto de que tales rivales ya existan.

Durante los noventa, no sólo la deflación literal de la economía japonesa sino también el crecimiento lento y el alto desempleo en Europa contrastaron seriamente con el *boom* norteamericano. Tal es así que si Donald Sassoon estaba en lo cierto cuando afirmaba que “la cuestión política real de la década del cincuenta era cómo lograr una versión europea de la sociedad estadounidense”<sup>93</sup>, lo mismo pareció suceder en los noventa, al menos en términos de emulación de las políticas económicas de EUA y valores de los accionistas. Ahora, con el fin de dicho *boom* y el creciente déficit fiscal y comercial de EUA, nuevas predicciones sobre la decadencia estadounidense y la rivalidad inter-imperial se han convertido en un lugar común. Pero la cuestión de la sustentabilidad del imperio norteamericano no se puede analizar hoy desde una perspectiva economicista y cortoplacista placista como la de los setenta, como cuando Poulantzas desdeñaba:

los diversos análisis futuroológicos de la relativa “fuerza” o “debilidad” de las economías norteamericana y europeas, análisis que formulan la cuestión de las contradicciones inter-imperialistas en términos de “competitividad” y efectiva “competencia” entre “economías nacionales”. En general, estos argumentos se reducen a “criterios económicos” que no significan demasiado, ...y [dichos análisis] son extrapolados a partir de éstos de una manera bastante arbitraria<sup>94</sup>.

Esto no quiere decir que la coyuntura económica actual no revele genuinos problemas económicos para cada estado del capitalismo global, incluyendo el estadounidense. Estos problemas no reflejan una continuidad de la crisis de los setenta sino que más bien anuncian nuevas contradicciones engendradas por el neoliberalismo en la dinámica global del capitalismo, incluyendo la sincronización de las recesiones, la amenaza de deflación, la dependencia del mundo respecto de los mercados norteamericanos y la dependencia de EUA de la entrada de capitales para cubrir su déficit comercial. Hay de hecho una complejidad sistémica en el capitalismo global de hoy que incluye inestabilidades y crisis, incluso en los países centrales. De todos modos, esto tiene que ser visto no tanto en términos de las antiguas tendencias a las crisis estructurales y sus desenlaces, sino como las dimensiones cotidianas del funcionamiento del capitalismo contemporáneo y, de hecho, como sostuvimos previamente, incluso de su éxito.

La cuestión para los estados capitalistas no es prevenir las crisis episódicas —estas van a ocurrir inevitablemente— sino contenerlas. Hasta hoy, el estado imperial estadounidense ha demostrado una notable capacidad para limitar la duración, profundidad y contagio de las crisis. Y hasta ahora hay pocos motivos para pensar que incluso las presiones sobre el valor del dólar se hayan tornado inmanejables. Esto es lo que subyace a la confianza de Andrew Crockett, director general del Banco Internacional de Pagos y presidente del Foro de Estabilidad Financiera (que comprende a los representantes de los bancos centrales, ministros de finanzas y reguladores de mercado provenientes de los estados del G7) de que “ellos tienen las redes de contactos, [y] los planes de contingencia para manejar los ‘shocks’ del mercado”<sup>95</sup>. Por supuesto que dicha confianza no garantiza por sí misma que el Tesoro norteamericano y la Reserva Federal, que han trabajado muy de cerca junto a sus contrapartes de los otros países capitalistas centrales durante la guerra de Irak (más allá de las diferencias de sus propios gobiernos respecto a la guerra) al igual que lo hicieron inmediatamente después de la conmoción sufrida por Wall Street a causa de los ataques terroristas del 11-S<sup>96</sup>, tendrán siempre la capacidad para resolver todas las contingencias. Argumentaremos, de todos modos, que el des-

arrollo futuro de dichas capacidades no está descartado por ninguna contradicción *económica* en sí misma.

Por lo tanto, la crisis que hoy ha producido un imperio norteamericano desembozado no radica en un proceso de sobreacumulación que esté conduciendo a algo parecido a una rivalidad inter-imperialista, sino que más bien se arraiga en los límites que un imperio informal que domina a través de otros estados encuentra para fijar una estrategia de crecimiento económico coordinado, incluso dentro de los países capitalistas avanzados. En estos estados democrático-liberales, la fortaleza de las fuerzas sociales domésticas —a pesar de, y a veces debido a, la internacionalización del capital doméstico y el estado nacional— ha limitado la adopción del neoliberalismo (como se puede observar, por ejemplo, en las dificultades experimentadas por el estado alemán para introducir mercados de trabajo flexibles, o la inercia del estado japonés en la reestructuración su sistema bancario). Esto ha frustrado las “reformas” que el capital considera necesarias, en línea con la propia reestructuración previa del estado norteamericano, para reavivar el crecimiento económico en estos países a fin de compartir el peso de la absorción de las importaciones globales y aliviar la presión del déficit comercial estadounidense. Pese a la energía que los capitalistas de cada país han invertido en asegurar dichas “reformas”, no es para nada obvio tampoco que estas por sí mismas vayan a renovar mágicamente el crecimiento. Además, la total implementación de dichas reformas podría en cualquier caso generar una mayor intensidad de luchas de clase desde abajo —aunque deba decirse que estas tendrán que producir algo próximo a una transformación fundamental en las estructuras de clase y del estado si es que quieren generar una nueva alternativa al neoliberalismo y quebrar los vínculos con el imperio estadounidense.

#### EL IMPERIO MANIFIESTO: “ESA COSA IMPONENTE EN QUE SE ESTÁ CONVIRTIENDO NORTEAMÉRICA”

Si hay hoy una crisis del imperialismo conviene interpretarla como lo hacía Poulantzas a principios de los años setenta:

Lo que está actualmente en crisis no es directamente la hegemonía americana, bajo el impacto del “poder económico” de las otras metrópolis, cuyo ascenso las habrá, de acuerdo a algunos estudiosos, elevado automáticamente al rango equivalente “contra-imperialismo”, sino más bien el imperialismo como un todo, como resultado de la lucha de clases a nivel mundial que ya han alcanzado a las mismas zonas metropolitanas. En otras palabras, no es la hegemonía del imperialismo norteamericano lo que está en crisis, sino la totalidad del imperialismo bajo esta hegemonía<sup>97</sup>.

La noción de “lucha mundial de clases” es muy vaga y restrictiva a la vez respecto de la diversidad de fuerzas sociales hoy en juego como para captar hasta qué punto las contradicciones entre el Tercer Mundo y el imperio estadounidense están manifestándose actualmente. Pero tampoco es cierto que los problemas más serios para el “imperialismo como un todo” surjan en relación a los estados que están fuera del corazón capitalista. En el caso de estos estados capitalistas subdesarrollados, aún crecientemente situados dentro de la órbita del capital global —como en la mayor parte del Tercer Mundo y el antiguo bloque soviético— las instituciones financieras internacionales y los estados capitalistas centrales, ya sea actuando concertadamente o por cuenta propia, han intervenido con el fin de imponer “reformas” estructurales “económicamente correctas”. En el marco de la liberalización financiera, esto ha implicado una firme secuencia de crisis económicas. Algunas de estas crisis podrían ser vistas como un componente funcionalmente necesario del éxito del neoliberalismo (como puede decirse quizá de Corea del Sur luego de la crisis asiática de 1997-1998). Pero la mayor parte de estas no han resuelto sino agravado aún más los problemas debido a la universalidad abstracta del remedio. Cualquiera sea el éxito del neoliberalismo en relación al fortalecimiento de una economía capitalista ya desarrollada, cada vez más parece ser una estrategia errónea para el desarrollo capitalista en sí mismo. En el caso de los “estados canallas”—aquellos que no están dentro de la órbita del capitalismo global de modo que ni la penetración de las fuerzas económicas externas ni las instituciones internacionales pueden reestructurarlos eficazmente—, la intervención directa unilateral por parte de EUA se ha vuelto cada vez más tentadora. Es esto lo que ha traído de vuelta al término “imperio” al centro del debate, y dicha intervención está cargada con toda clase de ramificaciones impredecibles.

En este contexto, el colapso del mundo comunista que permaneció fuera de la esfera del imperio estadounidense y el capitalismo global durante la mayor parte de la era de posguerra se ha vuelto particularmente importante. Por un lado, ha sido realmente extraordinaria la rápida penetración e integración del capital global y las instituciones del imperio informal norteamericano (como la OTAN) en buena parte de lo que ha sido el bloque soviético, como así también la apertura de China, Vietnam e incluso Cuba al capital extranjero y su integración a los mercados mundiales (aún bajo el amparo de las elites comunistas). Esto también ha eliminado el peligro de que cualquier intervención directa de EUA en estados fuera del hemisferio americano condujera a una tercera guerra mundial y la guerra nuclear de *Armagedón*. El hecho de que hasta los defensores liberales de derechos humanos e instituciones hayan invocado repetidas veces a EUA de

actuar como poder de policía internacional durante la década del noventa reflejaba la nueva coyuntura. Pero, por otro lado, la arrogancia y la sensación de sobrecarga que se hicieron presentes con el ahora evidente poder único del estado norteamericano lo condujo a preguntarse si aún los limitados compromisos que tenía que cumplir al operar a través de instituciones multilaterales no estaban restringiendo innecesariamente sus opciones estratégicas, especialmente en relación a los “estados canallas” fuera de la órbita del imperio informal.

La “soledad del poder” ha tenido mucho que ver en esto. El sentido peso de la responsabilidad última (y desde el 11-S, una mayor susceptibilidad a la vulnerabilidad de EUA como blanco de terrorismo tanto en casa como en el exterior), promueve el deseo de retener la “soberanía” total de actuar como sea necesario. Esto es lo que subyace por debajo de la naturaleza crecientemente manifiesta del imperialismo estadounidense. El problema que ahora enfrenta en términos de “conjugar su poder particular con la tarea general de coordinación” (para citar la frase incisiva de Anderson), se puede observar no sólo en relación a las contradicciones económicas del neoliberalismo discutidas anteriormente sino también en las crecientes contradicciones entre naturaleza y capitalismo (como se revela, por ejemplo, no sólo a través de los serios problemas de las emisiones de carbono que el acuerdo de Kyoto supuestamente debe resolver sino también en la cuestión de las reservas de petróleo pronunciada por el Informe Cheney, analizada por Michael Klare en otro ensayo de este volumen).

Todas estas cuestiones se multiplican por el rol que el estado imperial norteamericano ha venido a jugar ahora (y usualmente se espera que lo haga) en la tarea de mantener el orden social alrededor del mundo entero. Desde el punto de vista de la creación de “un medio ambiente mundial en el que el sistema estadounidense pueda sobrevivir y florecer”, el documento NSC-68 del Consejo Nacional de Seguridad de 1950 según el cual “aún si no hubiera Unión Soviética enfrentaríamos el gran problema (...) que la ausencia de orden entre las naciones se está volviendo cada vez menos tolerable”, anticipaba aquello que finalmente se ha vuelto totalmente claro para los que manejan el imperio norteamericano. El propio documento de Estrategia de Seguridad Nacional de George W. Bush de septiembre de 2002 (intimaciones de lo que estaba saliendo a la superficie dentro del estado norteamericano tan pronto se produjo el colapso del bloque soviético)<sup>98</sup> tenía un largo linaje.

Así como el neoliberalismo en casa no implicó un estado más pequeño o más débil sino muy por el contrario uno el que florecieron aparatos coercitivos (a medida que las oficinas del estado de bienestar se vaciaron y las

cárceles se llenaron), también el neoliberalismo ha tenido como efecto el fortalecimiento de los aparatos coercitivos que el estado imperial necesita para mantener el orden social en el mundo. La transformación de las fuerzas armadas estadounidenses y los aparatos de seguridad durante la década de los noventa de manera tal de facilitar esto último (como analiza Paul Rogers en este mismo volumen) sólo puede interpretarse en este sentido. El unilateralismo norteamericano en el uso internacional de estos aparatos es poco sorprendente teniendo en cuenta que las actividades de los aparatos coercitivos de los estados a nivel doméstico están a salvo de escrutinios extensivos de las legislaturas y de tener que negociar lo que hacen con los aparatos no coercitivos del estado.

Todo esto ya era evidente en las respuestas a los “estados canallas” de los gobiernos de Bush I y Clinton. EUA trabajó duro por conseguir el apoyo de las Naciones Unidas para la Guerra del Golfo de 1990-1991 y prestó mucha atención al largo régimen de sanciones que, ante la insistencia de EUA, se aplicó contra Irak durante los años noventa. Pero otros gobiernos resentían el creciente unilateralismo norteamericano, lo que los ponía bastante nerviosos, aunque más no fuera en términos de mantener la legitimidad dentro de sus propios estados. La Guerra del Golfo ha demostrado que las Naciones Unidas pudieron ser hechas para servir “como un imprimátur para una política que EUA quería seguir, y perseguir o coaccionar a todos a apoyarlas”, según lo apuntó el embajador canadiense de las Naciones Unidas en aquel momento. Esta “manipulación de las provisiones de la Carta de las Naciones Unidas” acobardó “a muchos países en desarrollo, que se sentían privadamente abrumados y escandalizados por lo que estaba sucediendo pero también totalmente impotentes para hacer algo al respecto —una prueba del enorme poder e influencia de Norteamérica cuando este es desatado”<sup>99</sup>.

Pero al mismo tiempo, esto les hizo comprender a los estrategas estadounidenses cuán poco podían confiar en las Naciones Unidas para salirse con la suya. Las Naciones Unidas, por su propia naturaleza diplomática y semi-parlamentaria compuesta de todos los estados del mundo, no podían ser tan fácilmente reestructuradas como lo fueron las instituciones de Bretton Woods luego de la crisis de los setenta. Como lo demostraría el uso repetido del veto norteamericano en el Consejo de Seguridad desde entonces, esto fue una fuente de constante irritación. Y mientras podía confiarse en la OTAN como un vehículo mucho más confiable para la guerra estadounidense por Kosovo en la ex Yugoslavia (con el beneficio agregado de dejarles bien en claro a los europeos quién continuaría ejerciendo el poder de policía internacional en su propio patio trasero), aún aquí los esfuerzos

realizados por mantener a todos y cada uno de los miembros de la OTAN del mismo lado fueron visiblemente mal acogidos dentro del estado norteamericano mismo.

La retórica aislacionista de Bush en su campaña electoral de 2000 en la que cuestionaba la necesidad de involucrar a las tropas americanas en puntos remotos del mundo estaba condenada a ser reformulada una vez que Bush se hubo hecho cargo de (y fue apropiadamente socializado en) la oficina de una Presidencia que es hoy tan inevitablemente imperial como doméstica en su naturaleza. Por eso, la política explícitamente imperial que los estrategas geopolíticos cercanos al partido Republicano ya habían diseñado, estaba lista y aguardando su momento. El 11-S por sí mismo no determinó su ascendencia en el estado, pero sí reforzó su posición. Su respuesta ha revelado todas las tensiones en la combinación del estado americano de su función imperial de coordinación general con el uso de su poder para proteger y promover sus intereses nacionales. Defender los intereses de seguridad del capitalismo global de modo tal de que sirva al mismo tiempo a las necesidades del estado y la formación social americana se ha vuelto particularmente complicado desde que los intereses de seguridad en cuestión se presentan ante todo como norteamericanos. Esto quiere decir que mientras las amenazas a EUA sean vistas por este último como un ataque al capitalismo global en general, el estado estadounidense tendrá cada vez menos paciencia para hacer concesiones que se interpongan en el camino respecto a su accionar guiado por su propia definición del interés del capitalismo global y el uso ilimitado de su poder estatal para resolver dichas amenazas.

Tal vez el cambio más importante en la estructura administrativa del imperio norteamericano en la transición del gobierno de Clinton al de Bush II haya sido el desplazamiento del Tesoro del tope de la jerarquía estatal. Las ramas del estado estadounidense que controlan y disponen de los medios de violencia están ahora en el asiento del conductor. En una administración que representa a un partido republicano que siempre ha estado conformado por una coalición de defensores del libre mercado, conservadores sociales y halcones militares, desde el 11-S la balanza se ha inclinado decisivamente hacia este último<sup>100</sup>. Pero la no disimulada cara imperial que el estado norteamericano está hoy dispuesto a mostrarle al mundo tiene que ver por sobre todas las cosas con las crecientes dificultades para manejar un verdadero imperio informal global –un problema que va mucho más allá de cualquier cambio de gobierno.

Esto podría convertirse en un desafío tan grande como el que enfrentaron anteriormente los imperios formales con sus aparatos estatales coloniales. Hoy, el problema central para el estado norteamericano está relaciona-

do con la necesidad de reformar todos los estados del mundo para que sean mínimamente compatibles con la administración del orden global –y esto es visto también como una condición general para la reproducción y extensión del capitalismo global. Pero la inmensa dificultad de construir en la periferia las densas redes semejantes a la que el nuevo imperialismo estadounidense había forjado exitosamente con los otros estados capitalistas avanzados es clara si se repara en el apenas vacilante progreso que se ha hecho en la tarea de extender el G7 al G8, ni qué hablar del G20. Para el estrato geopolítico del estado norteamericano, esto pone en evidencia los límites del enfoque de los “estados efectivos” fuera del centro basado exclusivamente en vínculos económicos.

Esto explica no sólo la extensión de las bases militares de EUA y la integración más estrecha de los aparatos de inteligencia y policía de todos los estados del imperio después del 11-S, sino también el retroceso al momento fundacional del imperio norteamericano post-1945 en las ocupaciones militares de Alemania y Japón como proveyendo el modelo para reestructurar Irak dentro del marco del imperio estadounidense. La lógica de esta postura apunta mucho más allá de Irak, a todos los estados “desconectados de la globalización”, como lo expresara tan fríamente un profesor de la Escuela de Guerra Naval de EUA aconsejando al Secretario de Defensa:

Muéstrenme dónde la globalización es densa con redes de conectividad, transacciones financieras, medios de comunicación liberales y seguridad colectiva, y yo les mostraré regiones con gobiernos estables, elevados niveles de vida y más muertes por suicidio que por homicidio. A estas partes del mundo las llamo Centro en Funcionamiento (*Functioning Core*). Pero muéstrenme dónde la globalización está desapareciendo o está simplemente ausente y le mostraré regiones plagadas de regímenes políticos represivos, pobreza y enfermedades muy difundidas, asesinatos masivos rutinarios y –lo más importante– los conflictos crónicos que incuba la próxima generación de terroristas globales. A estas partes del mundo las llamo la Brecha no integrada (*non-integrating Gap*) (...) La verdadera razón por la cual adhiero a una guerra semejante es que el compromiso militar a largo plazo que resulte de ella forzará finalmente a EUA a tratar con “estos países no integrados” en su totalidad como una amenaza estratégica global<sup>101</sup>.

En la Brecha no integrada se encuentran Haití, Colombia, Brasil, Argentina, la ex Yugoslavia, el Congo, Ruanda-Burundi, Angola, Sudáfrica, Israel-Palestina, Arabia Saudita, Irak, Somalia, Irán, Afganistán, Pakistán, Corea del Norte e Indonesia –a los que pueden sumarse China, Rusia e

India como “nuevos/integrantes miembros del centro [que] pueden perderse en los próximos años”. El problema para el imperio norteamericano al inclinarse en esta dirección estratégica es que muy pocos estados del mundo “periférico”, dadas sus estructuras económicas y políticas y las fuerzas sociales, podrán ser reestructurados a lo largo de las líneas de Japón y Alemania de posguerra, aún si (o especialmente si) son ocupados por el ejército estadounidense, o incluso si son penetrados más que marginados por la globalización. Lo que es peor, un imperialismo norteamericano que es tan descaradamente imperialista corre el riesgo de perder su apariencia específica de no parecer imperialista —aquella apariencia que lo hizo históricamente plausible y atractivo.

El abierto desacuerdo entre los gobiernos de Francia, Alemania e incluso Canadá, de un lado, y el gobierno de Bush, del otro, en torno a la guerra de Irak, debe ser analizado en este marco. Dichas tensiones tienen poco que ver con “rivalidades” económicas. Más bien refieren a una preferencia por parte de estos estados mismos (en parte reflejo de su falta relativa de capacidad militar autónoma) por utilizar las instituciones financieras internacionales, la OMC y la ONU para crear los “estados efectivos” alrededor del mundo que el capitalismo global necesita. Pero las burguesías de otros estados capitalistas están mucho menos inclinadas a desafiar la hegemonía norteamericana de lo que lo estaban en la década del setenta. De hecho, muchos capitalistas en los otros estados dentro del imperio estaban visiblemente preocupados —y se quejaban crecientemente— porque sus respectivos estados no entonaban la misma melodía que los norteamericanos. En todo caso, las clases capitalistas de cada país, incluyendo a EUA (donde muchas de las figuras principales del capital financiero, como Rubin o Volcker, estaban abiertamente perturbadas por la postura del gobierno de Bush tanto en relación a la guerra como a las políticas económicas) fueron incapaces de expresar una posición unificada ya sea a favor o en contra de la guerra. Una vez más podemos observar que en la coyuntura actual lo que está en juego no son las contradicciones entre las burguesías nacionales sino las contradicciones del “imperialismo en su totalidad”, involucrando a todas las burguesías que funcionan bajo el paraguas imperial de EUA.

Estas contradicciones hacen más que nada referencia al peligro planteado a la legitimidad más amplia de los otros estados capitalistas ahora que están situados en el marco de un imperialismo estadounidense que es tan manifiesto. Si bien el imperio norteamericano desde luego ha sido hegemónico *vis-a-vis* a esos estados, sus clases capitalistas y sus diversas elites del *establishment*, no ha logrado nunca, pese a su penetración cultural y económica en esas sociedades, una transferencia de lealtad popular directa al esta-

do norteamericano mismo. De hecho, la forma de gobierno estadounidense –basada en el principio constitucional de “imperio extensivo y autogobierno”– nunca demandó eso. La emulación económica y cultural del *American way of life* por parte de tanta gente ordinaria en el extranjero tal vez pueda ser calificada correctamente de hegemonía en términos de Gramsci. Pero por más estrecha que haya sido la relación entre el estado norteamericano y las clases capitalistas y sus contrapartes dentro del imperio informal, esto nunca alcanzó ningún sentido de apego patriótico al estado norteamericano entre la ciudadanía de los otros estados. El estado norteamericano tampoco se hizo responsable, en el sentido gramsciano de hegemonía, de la incorporación de las necesidades de las clases subordinadas de otros estados dentro de su propia construcción de dominio imperial informal. El consentimiento activo de esos estados a su dominio imperial informal estuvo siempre mediado por la legitimidad que cada estado podía retener para sí mismo y reunir en nombre de cualquier proyecto particular del estado norteamericano –y en general esto ha sido difícil de conseguir en el caso de las intervenciones coercitivas de EUA alrededor del mundo en los últimos cincuenta años. Una buena cantidad de estos estados por tanto se distanciaron respecto de las constantes intervenciones de EUA en América Latina y el Caribe desde 1945, y en efecto desde 1975, por no mencionar la subversión de gobiernos en cualquier lugar o la Guerra de Vietnam.

En este sentido, la impopularidad de la intervención militar norteamericana –y aún la falta de aprobación de los otros países capitalistas avanzados– no es nada nuevo. Pero este aspecto del orden imperial está demostrando tener consecuencias particularmente importantes para la coyuntura actual. La guerra de agresión del estado estadounidense en Irak –tan notoriamente imperial y tan abiertamente ligada a una doctrina que expresa el más amplio interés por asegurar un orden capitalista neoliberal a escala global– ha evocado una oposición sin precedentes, incluso dentro de los estados capitalistas centrales. No obstante, aún cuando la oposición en Francia y Alemania es más intensa, la mayor parte de la gente hoy atribuye “el problema con EUA mayormente a Bush” más que a “EUA en general”. Esto sugiere que la posibilidad de un “imperio benigno” aún subsiste en los otros países capitalistas avanzados<sup>102</sup>. Pero en tanto las condiciones que hacen a la intervención militar estadounidense trascienden una administración particular y en tanto un imperio benigno no puede probar ser más que una ilusión en el mundo actual, esta es una moneda que podría ser menos estable que el dólar. Esto es particularmente significativo: como el imperio norteamericano sólo puede gobernar a través de otros estados, el mayor peligro

que puede enfrentar es que los estados que están dentro de su órbita se vuelvan ilegítimos en virtud de su articulación al imperio. Para estar seguros, sólo un cambio fundamental en el equilibrio doméstico de fuerzas sociales y la transformación de la naturaleza y rol de esos estados podría desarticularlos del imperio, pero puede que se esté abriendo ahora el espacio ideológico para el tipo de movilizaciones desde abajo, combinando los intereses domésticos de las clases subordinadas y otras fuerzas sociales oprimidas con los movimientos anti-globalización y anti-guerra, que podría eventualmente conducir a esto.

Es el miedo a esta posibilidad lo que alimenta, por un lado, los alegatos de aquellos que suplican que el imperio sea más benigno y se presente a sí mismo de un modo más multilateralista, al menos simbólicamente; y, por el otro, las acciones de aquellos que están utilizando el miedo al terrorismo para cerrar el espacio de disentimiento público dentro de cada estado. Esto es particularmente así dentro de EUA mismo. El antiguo problema planteado por aquellos que, en la fundación del estado norteamericano, cuestionaban si un imperio extendido podía ser compatible con la libertad republicana —retomado una y otra vez por aquellos en EUA que durante los últimos dos siglos han estado en contra del imperialismo norteamericano— está nuevamente en la agenda. La necesidad de sostener intervenciones en el exterior movilizando el apoyo y limitando la oposición infundiendo miedo y represión dentro de EUA aumenta la probabilidad de que el estado norteamericano se vuelva cada vez más autoritario internamente en la medida en que se torna más descaradamente agresivo externamente. Pero la falta de atractivo de un imperio cuya naturaleza coercitiva, tanto interna como externamente, ya no está oculta, sugiere que la luchas anti-imperialistas tendrán cada vez más fuerza y atracción masiva —aún en los países capitalistas ricos del centro del imperio como en los más pobres en sus extremidades.

## NOTAS

- 1 “Great Britain, The United States and Canada”, Twenty-First Cust Foundation Lecture, Universidad de Nottingham (21/05/1948), en H. Innis, *Essays in Canadian Economic History*, Toronto: University of Toronto Press, 1956, p. 407.
- 2 El Manifiesto de Friedman apareció en el *New York Times Magazine* el 28/03/1999 y el ensayo de Ignatieff el 05/01/2003. Ignatieff agrega: “[ser un poder imperial] significa establecer las reglas que América quiere (en todo, desde mercados hasta armas de destrucción masivas) al mismo tiempo que se exceptúa a sí misma de otras reglas que van en contra de sus intereses (como el Protocolo de Kyoto, acerca de cambios climáticos, y la Corte Criminal Internacional)”.
- 3 *The Grand Chessboard*, New York: Basic Books, 1997, p. 40.
- 4 Ver “Rebuilding America’s Defenses: Strategy, Forces and Resources For a New Century”, Informe del Proyecto para un Nuevo Siglo Americano. <<http://www.newamericancentury.org/publications-reports.htm>>; y *The National Security Strategy of the United States of America*, Falls Village, Connecticut: Winterhouse, 2002.
- 5 Antonio Santosuosso, *Storming the Heavens: Soldiers, Emperor, and Civilians in the Roman Empire*, Westview: Boulder, 2001, pp. 151-2.
- 6 *Monthly Review*, 42(6), 1990, pp. 1-6. Para dos de aquellos que han insistido desde distintas perspectivas en la importancia de retener el término imperialismo, ver Susan Strange, “Towards a Theory of Transnational Empire”, en E-O Czempiel y J. Rosenau, eds., *Global Changes and Theoretical Challenges*, Lexington: Lexington Books, 1989; y Peter Gowan, “Neoliberal Theory and Practice for Eastern Europe”, *New Left Review*, 213, 1995.
- 7 Gareth Stedman Jones, “The Specificity of US Imperialism”, *New Left Review*, 60 (primeras series), 1970, p. 60.
- 8 Giovanni Arrighi, *The Geometry of Imperialism*, London: NLB, 1978, p. 17. Lo que en buena parte subyacía detrás del desencantamiento de la izquierda con el concepto de imperialismo era el grado en que las palabras que abrieron aquel ensayo infame de Kautsky en 1914 –ese que despertara la ira de Lenin– progresivamente se volvieron verdad: “Antes que nada, debemos ser claros en lo que entendemos por imperialismo. Esta palabra se usa en todos los sentidos, pero cuanto más discutimos y hablamos acerca de él, la comunicación y el entendimiento del mismo se debilitan”. “Der Imperialismus”, *Die Neue Ziet*, Año 32, XXXII/2 (11/09/1914) p. 908. Sólo la última parte de este famoso

ensayo fue traducida y publicada en *New Left Review* en 1970. Agradecemos a Sabine Neidhardt por proveernos una traducción completa. Nótese que Arrighi usa, en 1990, palabras casi idénticas: “Lo que sucedió con el término imperialismo es que para el tiempo en que prosperó, principios de los setenta, pasó a significar todo y por lo tanto nada”. Ver “Hegemony and Social Change”, *Mersham International Studies Review*, 38, 1994, p. 365.

- 9 Bob Rowthorn, “Imperialism in the Seventies: Unity or Rivalry”, *New Left Review*, 69, 1971.
- 10 “En años recientes no hay ningún tema que haya ocupado tanto la atención de los especialistas en relaciones internacionales como el de la decadencia de la hegemonía americana. La erosión del poder económico, político y militar de EUA es inconfundible. Los recursos y capacidades históricamente sin precedentes para la diplomacia norteamericana en la postguerra, y que condujeran a Henry Luce en los cuarenta a predecir un ‘siglo americano’, han dado lugar a una no menos remarcable y rápida redistribución de la riqueza y el poder internacional. En vista de las teorías de la ‘estabilidad hegemónica’, los especialistas han estado debatiendo el nivel de la decadencia hegemónica y sus consecuencias”. G. John Ikenberry, “Rethinking the Origins of American Hegemony”, *Political Science Quarterly*, 104(3), 1989, p. 375. Entre los pocos críticos de esta perspectiva, ver Bruce Russett, “The Mysterious Case of Vanishing Hegemony. Or is Mark Twain Really Dead?”, *International Organization*, 39(2), 1985; Stephen Gill, “American Hegemony: Its Limits and Prospects in the Reagan Era”, *Millennium*, 15(3), 1986; y Susan Strange, “The Persistent Myth of Lost Hegemony”, *International Organization*, 41(4), 1987.
- 11 Andrew Glyn y Bob Sutcliffe, “Global But Leaderless”, *Socialist Register 1992*, London: Merlin, 1992, p. 93.
- 12 Bruce Cumings, “Global Realm with no Limit, Global Realm with no Name”, *Radical History Review*, 57, 1993, p. 47-8. Este número de la revista se dedicó al debate sobre “Imperialism: A Useful Category of Analysis?”.
- 13 Andrew L. Bacevich, *American Empire: The Realities and Consequences of US Diplomacy*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2002, pp. x, 3, 219.
- 14 Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Barcelona: Paidós, 2002, p. 15, énfasis del original. Ver también nuestro ensayo crítico, “Gems and Bubbles in Empire”, *Historical Materialism*, 10, 2002, pp. 17-43.
- 15 *The Great Transformation*, Beacon, Boston: 1957, p. 18.

- 16 Philip McMichael, "Revisiting the Question of the Transnational State: A Comment on William Robinson's 'Social Theory and Globalization'", *Theory and Society*, 30,2001, p. 202.
- 17 Un indicio de cuánto continua plagando a la izquierda este error fundamental puede observarse en el hecho de que incluso aquellos que insisten hoy en que la antigua teoría del imperialismo no puede ser aplicada al contexto contemporáneo del capitalismo global, la aceptan, sin embargo, como teoría válida para entender el imperialismo anterior a la Primera Guerra Mundial. Esto puede encontrarse más recientemente en el modo en que Hardt y Negri siguen a Luxemburgo y Lenin para argumentar que el capitalismo por su propia naturaleza entra en contradicción en su intento por realizar plusvalía: los trabajadores reciben menos de lo que producen (sub-consumen), y por lo tanto el capital debe buscar mercados fuera de sus fronteras. Dado que este es un problema en cada país capitalista, la "solución" requiere de un constante acceso a mercados en formaciones sociales *no capitalistas*. El acento en mercados no capitalistas se ve reforzado por la necesidad de conseguir materias primas para alimentar a los trabajadores y proveer a la producción en casa. Pero la realización exitosa del excedente y la expansión de la producción simplemente recrean la contradicción o la crisis de subconsumo como crisis de super-producción. Esto fuerza al capital "a salir al extranjero" para encontrar mercados para su excedente. Esa búsqueda en conjunto de mercados extranjeros, materiales y oportunidades de inversión involucra la extensión de la soberanía nacional más allá de sus fronteras –imperialismo– y al mismo tiempo tiende a traer el mundo externo hacia "adentro" (es decir, dentro del capitalismo). De ahí que la crisis de subconsumo/superproducción es simplemente regenerada en una escala mayor.
- 18 "Si el capitalismo pudiera elevar los niveles de calidad de vida de las masas, las que a pesar del extraordinario progreso técnico están por todos lados muertas de hambre y condenadas a la pobreza, no podría haber cuestionamiento en cuanto a un excedente de capital... Pero si el capitalismo hiciera estas cosas no sería capitalismo; puesto que el desarrollo desigual y un nivel de existencia de las masas de semi-inanición son condiciones esenciales e inevitables y constituyen las premisas de este modo de producción". V. I. Lenin, *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism*, in *Selected Works*, Vol. I, Moscú: Progress Publishers, 1970, p. 716.
- 19 *Ibid.*

- 20 Ver John Willoughby, *Capitalist Imperialism: Crisis and the State*, New York: Hardwood Academic Publishers, 1986, especialmente pp. 7-8; y, anterior planteado de manera más prudente, Harry Magdoff, *The Age of Imperialism*, New York: Monthly Review Press, 1969, especialmente p. 13.
- 21 Ver John Kautsky, "A. J. Schumpeter and Karl Kautsky: Parallel Theories of Imperialism", *Midwest Journal of Political Science*, V(2), 1961, pp. 101-128; y Lenin, *Imperialism*, p. 715.
- 22 Ellen Meiksins Wood, *Empire of Capital*, London: Verso, 2003, p. 72.
- 23 John Gallagher y Ronald Robinson, "The Imperialism of Free Trade", *The Economic History Review*, VI(1), 1953, p. 6. Los autores desafiaron explícitamente la visión de Lenin según la cual el hecho de que el cambio hacia gobiernos responsables en las colonias que coincidieron con la era de libre mercado significó que la política de "libre competencia" supuso "que la liberación de las colonias y su completa separación de Gran Bretaña era inevitable y deseable", en la opinión de los principales políticos burgueses. Según los autores, esto reflejaba el error convencional de que el libre comercio hacía del imperio algo "superfluo", lo que trastocó en forma severa la significación de los cambios en las formas constitucionales. Como argumentaron Gallagher y Robinson: "Lejos de ser un dispositivo separatista, el gobierno responsable era simplemente un cambio de métodos directos a indirectos de mantener los intereses británicos. El hecho de moderar los lazos políticos formales en el momento apropiado hizo posible confiar en la dependencia económica y los buenos sentimientos mutuos para mantener las colonias atadas a Gran Bretaña al mismo tiempo que se las continuaba usando como agentes para futura expansión británica". *Ibid.*, p. 2.
- 24 *Ibid.* pp. 6-7.
- 25 Todas las citas de Karl Kautsky aquí son de John Kautsky, "J. A. Schumpeter and Karl Kautsky", pp. 114-116, excepto aquella sobre su reduccionismo económico donde hemos usado la fraseología de la traducción parcial de *New Left Review* de 1970 de "Der Imperialismus", p. 46. Para la mejor exposición de la concepción de Kautsky del "ultra-imperialismo", ver Massimo Salvadori, *Karl Kautsky and the Socialist Revolution, 1880-1933*, London: NLB, 1979, pp. 169-203.
- 26 Estas son las palabras de un biógrafo de Dean Acheson, citado por William Appleman Williams, *Empire as a Way of Life*, New York: Oxford University Press, 1980, p. 185.
- 27 Perry Anderson, "Force and Consent", *New Left Review*, 17, 2002, p. 24.

- 28 *Ibid.*, p. 25. Ver también Daniel Lazare, *The Frozen Republic*, New York: Harcourt Brace, 1996, que fracasa en distinguir las restricciones internas y las trabas políticas domésticas que el antiguo sistema elitista de frenos y contrapesos produce y el extraordinario “poder [informal] de atracción” imperial de la constitución americana.
- 29 Citado en Williams, *Empire as a Way of Life*, p. 61. Para entonces, Jefferson había llegado a aceptar la perspectiva “expansionista” de Madison según la cual la libertad republicana no era incompatible ni con un estado extendido ni con un gobierno federal fuerte. Resumiendo la trayectoria de Jefferson, DeVoto afirma “...luego de 1803, la frase ‘los Estados Unidos’ en los escritos de Jefferson, por lo general plural hasta el momento, comenzó a adquirir un sentido singular”. Bernard DeVoto, *The Course of Empire*, Lincoln: University of Nebraska Press, 1983 (1952), p. 403.
- 30 Ver Hardt y Negri, *Imperio*, capítulo 8.
- 31 Ver John F. Manley, “The Significance of Class in American History and Politics”, en L.C. Didd y C. Jilson, eds., *New Perspectives on American Politics*, Washington DC: Congressional Quarterly Press, 1994, especialmente pp. 16-19.
- 32 Citado en Williams, *Empire as a Way of Life*, p. 43.
- 33 *El Federalista*, XI (Hamilton), México: Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 46.
- 34 Ver Marc Engel, *A Mighty Empire: The Origins of the American Revolution*, Ithaca: Cornell University Press, 1988.
- 35 DeVoto, *The Course of Empire*, p. 275.
- 36 Ver Charles C. Bright y S. Harding, eds., “The State in the United States During the Nineteenth Century”, en C. Bright y S. Harding, *Statemaking and Social Movements*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1984.
- 37 Ver los dos primeros capítulos de Gabriel Kolko, *Main Currents in Modern American History*, New York: Harper & Row, 1976; y Bright, “The State”, especialmente pp. 145-153.
- 38 Perry Anderson, “Force and Consent”, *New Left Review*, 17, 2002, p. 25.
- 39 S. S. Roberts, “An Indicator of Informal Empire: Patterns of US Navy Cruising Overseas Stations, 1869-1897”, Center for Naval Analysis, Alexandria, Virginia, n.d., citado en Williams, p. 122.
- 40 Stedman Jones, “The Specificity”, p. 63.
- 41 Ver Leo Panitch, “Class and Dependency in Canadian Political Economy”, *Studies in Political Economy*, 6, 1980, pp. 7-34; W. Clement, *Continental Corporate Power*, Toronto: McLelland & Stewart, 1977; y M.

Wilkins, *The Emergence of Multinational Enterprise*, Cambridge, Mass: 1970. Jefferson había justificado la guerra de 1812 (movido por la preocupación de que los británicos estaban apoyando la resistencia india contra la expansión hacia el oeste) en los siguientes términos: “Si los británicos no conceden nuestras demandas tomaremos Canadá, que quiere entrar a la Unión; y cuando, junto a Canadá tengamos Florida, ya no tendremos problemas con nuestros vecinos; es la única manera de evitarlos”. El pasaje desde la ambición de la expansión continental desde el imperio interno a la expansión por medio de un imperio informal externo, con Canadá representando el modelo del imperialismo norteamericano exitoso en el siglo XX, fue señalado, exactamente casi cien años después, cuando el presidente Taft habló en términos de “mayores lazos económicos” que harían de Canadá “sólo un adjunto de EUA”. Ver Williams, pp. 63-4, 132.

- 42 Citado en G. Achcar, *The Clash of Barbarisms*, New York: Monthly Review Press, 2002, p. 96.
- 43 Carta a Duncan Grant, citada en Nicholas Fraser, “More than Economist”, *Harper’s Magazine*, Noviembre, 2001, p. 80. El asunto en cuestión aquí era la negativa del estado norteamericano a perdonar deudas de guerra a los aliados, con todas las consecuencias que esto significaba para la imposición de considerables pagos por reparaciones alemanas. Ver Michael Hudson, *Super Imperialism: The Economic Strategy of American Empire*, New York: Holt, Rinehart y Winston, 1971.
- 44 Ver Jeffery Lustig, *Corporate Liberalism: The Origins of American Political Theory 1890-1920*, Berkeley: University of California Press, 1982; y Stephen Skowronek, *Building a New American State: The Expansion of National Administrative Capacities 1877-1920*, New York: Cambridge University Press, 1982.
- 45 Ver Kees van der Pijl, *The Making of an Atlantic Ruling Class*, London: Verso, 1984, p. 93.
- 46 Esto lo vislumbraron Charles y Mary Beard incluso antes de la guerra en su análisis del pasaje del antiguo “imperialismo aislacionista” hacia el nuevo “Internacionalismo Colectivo”, *America in Midpassage*, New York: Mcmillan, 1939, Vol. I, capítulo X y Vol. II, capítulo XVII.
- 47 Esta cita y las siguientes de esta sección son todas de Brian Waddell, *The War against the New Deal: World War II and American Democracy*, De Kalb: Northern Illinois University Press: 2001, pp. 4-5. Ver también Rhonda Levine, *Class Struggles and the New Deal*, Lawrence: University Press of Kansas, 1988.

- 48 Brian Waddell, "Corporate Influence and World War II: Resolving the New Deal Political Stalemate", *Journal of Political History*, 11(3), 1999, p. 2.
- 49 Geir Lundestad, "Empire by Invitation? The United States and Western Europe 1945-52", *Journal of Peace Research*, 23(3), septiembre de 1986; y ver también van del Pijl, *The Making*, capítulo 6.
- 50 Ver Gabriel Kolko, *The Politics of War: The World and United States Foreign Policy 1943-1945*, New York: Random House, 1968.
- 51 Ver Eric Helleiner, *States and the Reemergence of Global Finance*, Ithaca: Cornell, 1994.
- 52 Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes: Fighting for Freedom, 1937-1946*, New York: Viking, 2001, pp. xxiii.
- 53 *The United States in a New World: I. Relations with Britain. A series of reports on potential courses for democratic action. Prepared under the auspices of the Editors of Fortune*, Mayo, 1942, pp. 9-10.
- 54 "An American Proposal", *Fortune*, Mayo, 1942, pp. 59-63.
- 55 Todas las citas de este párrafo son de la lectura de Skidelsky, pp. 334, 348, 350-1, 355.
- 56 Estas son las mismas palabras que usaron directivos del Bundesbank alemán en una entrevista que hicimos en octubre de 2002.
- 57 Martin Shaw, *Theory of the Global State*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2000.
- 58 Bacevich, *American Empire*, p. 4.
- 59 Peter Gowan, "The American Campaign for Global Sovereignty", *Socialist Register 2003*, London: Merlin, 2003, p. 5.
- 60 Michael Barratt Brown, *The Economics of Imperialism*, Middlesex, UK: Penguin, 1974, pp. 208-9.
- 61 Ver Raymond Aron, *The Imperial Republic: The United States and the World 1945-1973*, Cambridge, MA: Winthrop, 1974, especialmente pp. 168 y 217; y Nicos Poulantzas, *Classes in Contemporary Capitalism*, London: NLB, 1974, especialmente pp. 39 y 57.
- 62 Alan S. Milward, *The European Rescue of the Nation-State*, London: Routledge, 2000.
- 63 Ver Robert Cox, *Production, Power and World Order*, New York: Columbia University Press, 1987, especialmente p. 254. Cf. Nicos Poulantzas, *Classes*, p. 73.
- 64 Discurso sobre la Política Económica Exterior, pronunciado en la Universidad de Baylor, 06/03/1947, Public Papers of the Presidents, <<http://www.trumanlibrary.org/trumanpapers/pppus/1947/52.htm>> Sobre la preparación de este discurso, ver Gregory A. Fossendal, *Our Finest Hour: Will Clayton, the Marshall Plan, and the Triumph of Democracy*, Stanford: Hoover Press, 1993, pp. 213-5.

- 65 Citado en Williams, p. 189; y ver Gabriel Kolko, *Century of War*, New York: The New Press, 1994, p. 397.
- 66 Las condiciones especiales de posguerra incluían la aplicación de tecnologías desarrolladas durante la guerra; alcanzar el nivel de los métodos y la tecnología norteamericana (la brecha ya se había ensanchado durante los años treinta y obviamente acelerado aún más durante la guerra); demanda reprimida, inversiones subsidiadas para reconstrucción y el efecto productivo de nuevas instalaciones —todo esto permitió enormes escalas de acumulación luego de la destrucción de tanto valor durante los años de la Depresión y la guerra. Ver Mosses Abramowitz, “Catching up, Forging Ahead, and Falling Behind”, *Journal of Economic History*, 46(2) (06/1986) y también “Rapid Growth Potential and Realization: The experience of the Capitalist Economies in the Postwar Period”, en Edmund Malinvaud, ed., *Economic Growth and Resources*, London: Mcmillan, 1979. También fue crucial el rol único que tuvo el estado norteamericano al abrir su mercado suministrando asistencia financiera crítica y contribuyendo a la economía y a la estabilidad política internacionales.
- 67 El colapso del patrón oro durante la entreguerra había demostrado que la movilidad del capital y las presiones democráticas desde abajo, que limitaban cualquier tipo de ajuste “automático”, eran incompatibles con tipos de cambio estables.
- 68 Acerca de la relación entre el colapso del patrón oro, la movilidad del capital y el desarrollo de las presiones democráticas, ver Barry Eichengreen, *Globalizing Capital: A History of the International Monetary System*, Princeton: Princeton University Press, 1996, capítulos 2-3. Sobre desarrollos dentro del sector financiero americano mismo en los años setenta y su impacto en el extranjero, ver Michael Moran, *The Politics of Financial Services Revolution*, London: Macmillan, 1991.
- 69 Volviendo a aquel período, dos vicepresidentes del Citibank observaban: “no es sorprendente que los economistas en los últimos años sesenta y principios de los setenta estuvieran tan seguros de que el colapso de los tipos de cambio fijos debilitarían más tarde los lazos económicos entre los países”. Ver H. Cleveland y R. Bhagavatula, “The Continuing World Economic Crisis”, *Foreign Affairs*, 59(3), 1981, p. 600. Ver también la observación de Louis Pauly según la cual en ese entonces “la desorganización monetaria internacional parecía capaz de traer nuevamente el mundo de los años treinta”. Louis B. Pauly, *Who Elected the Bankers?*, Ithaca: Cornell University Press, 1997, p. 100.

- 70 La “reproducción asistida del capitalismo monopólico norteamericano dentro de las otras metrópolis... implica la reproducción ampliada de las condiciones políticas e ideológicas necesarias dentro de estas para el desarrollo del imperialismo norteamericano”. N. Poulantzas, 1974, p. 47.
- 71 “Es esta desarticulación y heterogeneidad de la burguesía doméstica que explican la débil resistencia, limitada a intermitentes iniciativas, que los estados europeos han puesto al capital norteamericano”, *Ibid.*, p. 75.
- 72 *Ibid.*, p. 87.
- 73 *Ibid.*, p. 81. Sobre la internacionalización del estado, ver también R. Cox, *Production, Power and World Order*, pp. 253–267.
- 74 Indistintamente, las políticas durante los años setenta incluían sobretasa a las importaciones, intentos de cooperación internacional en tipos de cambio, salarios y control de precios, monetarismo y estímulos fiscales.
- 75 Un reportero del *New York Times* capturó la agresividad unilateralista en que se enmarcaba la respuesta estadounidense: “Lo que es completamente cierto es que EUA en un simple golpe dramático le ha demostrado al mundo lo poderoso que aún es...al romper el vínculo entre el dólar y el oro e imponer un impuesto a las importaciones del 10%, Norteamérica ha demostrado quién es Gulliver y quiénes los Liliputienses... por “Liliputienses” se entiende no los nicaragüenses o gaboneses sino Alemania occidental, Japón, Gran Bretaña y las otras principales naciones industriales”. Citado en H.L. Robinson, “The Downfall of the Dollar”, en *Socialist Register 1973*, London: Merlin Press, 1973, p. 417.
- 76 *Report of the President on US Competitiveness*, Washington: Office of Foreign Economic Research, US Department of Labour, septiembre de 1980.
- 77 G. Duménil y D. Lévy, “The Contradictions of Neoliberalism”, en *Socialist Register 2002*, London: Merlin Press, 2002.
- 78 Nuestras entrevistas con figuras industriales y financieras claves, que incluyen a Richard Wagoner, Director Ejecutivo de General Motors, en septiembre de 2001, y a Paul Volcker, ex presidente de la Reserva Federal, quien también liderara las negociaciones con Chrysler, en marzo de 2003, nos han confirmado esta visión. Aunque la industria automotriz fue duramente castigada por las altas tasas de interés, el dólar alto y la reducción de la demanda de consumo que trajo aparejada la liberalización financiera, los ejecutivos industriales consideraron que esta dirección era la única alternativa en los ochenta y noventa.

- 79 Esta expresión es del artículo de G. Albo y T. Fast, “Varieties of Neoliberalism”, presentado en la Conferencia sobre la Convergencia de Economías Capitalistas, Wake Forest, Carolina del Norte (27-29/09/2002).
- 80 Ver S. Gindin y L. Panitch, “Rethinking Crisis”, *Monthly Review* (11/2002).
- 81 Ver Stephen Gill, *Power and Resistance in the New World Order*, London: Palgrave-Macmillan, 2003, pp. 131 y siguientes, y pp. 174 y siguientes.
- 82 Ver Leo Panitch, “The New Imperial State”, *New Left Review*, 2, 2002.
- 83 Ver Leo Panitch, “‘The State in a Changing World’: Social-Democratizing Global Capitalism?”, *Monthly Review* (10/1998).
- 84 Lenin, prefacio a las ediciones francesa y alemana de *Imperialism*, p. 674.
- 85 Compárese W. Ruigrok y R. Van Tulder, *The Logic of International Restructuring*, London: Routledge, 1995 (especialmente capítulos 6 y 7) con W.I. Robinson, “Beyond Nation-State Paradigms”, *Sociological Forum*, 13(4), 1998; y ver el debate acerca del artículo de Robinson, “Towards a Global Ruling Class?”, *Science and Sociology*, 64(1), 2000 en “Symposium”, 65(4) de esa revista, 2001-2.
- 86 Este argumento está mucho más desarrollado en L. Panitch y S. Gindin, “Eurocapitalism and American Empire”, en *Studies in Political Economy*, otoño de 2003.
- 87 John Grahl, “Globalized Finance: The Challenge to the Euro”, *New Left Review*, 8, 2001, p. 44. Ver también su destacado artículo, “Notes on Financial Integration and European Society”, presentado en la Conferencia sobre la Emergencia de un Nuevo Euro-Capitalismo, Marburg (10/2002). Sobre la creciente adopción de prácticas de administración norteamericanas en Europa, ver M. Carpenter y S. Jeffreys, *Management, Work and Welfare in Western Europe*, London: Edward Elgar, 2000.
- 88 Ver Peter Gowan, “Making Sense of NATO’s War on Yugoslavia”, *Socialist Register 2000*, London: Merlin, 2000.
- 89 W. A. Hay y H. Sicherman, “Europe’s Rapid Reaction Force: What, Why, and How?”, *Foreign Policy Research Institute* (02/2001).
- 90 *Economist* (27/05/2003).
- 91 Ver Dan Bousfield, “Export-Led Development and Imperialism: A Response to Burkett and Hart-Landsberg”, *Historical Materialism*, 11(1), 2003, pp. 147-160. El mejor contra-argumento acerca del “liderazgo desde atrás” de Japón fue expuesto en G. Arrighi y B. Silver, eds., *Chaos and Governance in the World System*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.

- 92 Ver Panitch, "The New Imperial State".
- 93 Donald Sassoon, *One Hundred Years of Socialism*, London: I. B. Taurus, 1996, p. 207.
- 94 Poulantzas, *Classes*, pp. 86-7.
- 95 *Financial Times* (26/03/2003).
- 96 Nuestras entrevistas en el Bundesbank y el Tesoro del Reino Unido en octubre de 2002 confirman esto. En efecto, a menudo pareciera ser que hay más contacto a través del Atlántico entre estos burócratas y sus contrapartes en EUA del que hay entre los distintos departamentos dentro de estas instituciones.
- 97 *Classes in Contemporary Capitalism*, p. 87.
- 98 Ver Peter Gowan, "The American Campaign", pp. 8-10.
- 99 "The United Nations after the Golf War: A Promise Betrayed", Stephen Lewis entrevistado por Jim Wurst, *World Policy Journal*, verano de 1991, pp. 539-49.
- 100 La creciente influencia adquirida por los aparatos coercitivos, militares y de seguridad luego del 11-S podría verse en el hecho de que la primera victoria de la nueva guerra fue ganada en casa, contra el Tesoro norteamericano. Esto implicó romper la antigua resistencia de este último (para que no demostrara la continua viabilidad de los controles de capital) a congelar cuentas bancarias supuestamente conectadas a organizaciones terroristas (cuyos mecanismos el estado norteamericano siempre conoció muy bien dado que estaba involucrado en facilitar la transferencia de dinero a muchos de sus terroristas predilectos en el pasado).
- 101 Thomas P. M. Barnett, "The Pentagon's New Map: It Explains Why We're Going to War and Why We'll Keep Going to War", *Esquire* (03/2003), disponible en el website de la Escuela de la Armada de Guerra de EUA <<http://www.nwc.navy.mil/newrules/ThePentagonsNewMap.htm>>
- 102 Ver el informe sobre Pew Global Attitudes Survey en el *Financial Times* (04/06/2003), que muestra que en Francia y Alemania, donde sólo el 43% y 45% respectivamente tiene hoy una "imagen favorable de EUA", el 74% de los que respondieron la encuesta en cada país atribuye el problema de Norteamérica "mayormente a Bush" en oposición a sólo un 25% que se lo adjudica a "EUA en general" o a "ambos". Es interesante notar que, en aquellos países capitalistas avanzados donde la imagen de EUA es más positiva (en Canadá un 63%, Reino Unido un 70%) hay, sin embargo, un mayor porcentaje que en Francia y Alemania que cree que "el problema con Norteamérica" se

debe a “EUA en general” o a “ambos” (32%) y no “mayormente a Bush” (60%). En cuanto a países como Indonesia y Turquía donde la imagen favorable de EUA ha caído hoy de un 75% y 53% respectivamente a sólo un 15% en ambos países, vale la pena recalcar que mientras el 45% de los turcos atribuyen el problema a “EUA en general” o a “ambos”, sólo el 27% de los indonesios lo ven así, en contraste con el 69% que ve el problema como “mayormente Bush”.

